¡Si quiero!

(O casi.)

Fingir es fácil. No enamorarse, no tanto.



MARTINA VEGA PARDO

¡Si quiero!
(O casi)

Una novela de segundas oportunidades
y falsos novios

(Serie Chicas de barrio-- Libro 3)

Martina Vega Pardo

© 2026, **Martina Vega Pardo**. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa del autor. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y que las curvas sigan teniendo quien las escriba.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es puro jaleo del destino o fruto de una tarde de cañas de más por Malasaña.

La serie **«Chicas de barrio y curvas de infarto»** es una colección de romances forjados entre el asfalto de la Gran Vía y los rincones con más solera de Madrid. Estas páginas son un brindis por la belleza real, una invitación a descubrir que el amor de tu vida no entiende de tallas, pero sí de ganas, de risas y de mucha verdad.

Gracias por pasear por estas calles conmigo y por dejar que el confeti de estas historias llene tu mundo. Que el camino te sea leve, que nunca te falte una caña bien tirada y que tu corazón encuentre, por fin, ese fuego que lo haga vibrar.

«Dicen que en Madrid si tiras una piedra le das a un gato, pero si eres Sara y tienes tres bodas por delante, lo que te cae del cielo es un **jaleo de los gordos**.

Bienvenidos a mi visor; aquí lo que no sale enfocado, me lo invento. Y como mi familia no deja de preguntar, me he inventado que Javi —mi vecino, el mejor amigo de mi hermano y un pibón de metro ochenta y cinco— es mi prometido.

Dicen que jugar con fuego quema, pero es que Javi tiene una forma de mirarme que hace que mis **curvas talla cuarenta y cuatro** se olviden de que esto es solo un contrato.

Si vas a decir que sí, mejor que sea a la última caña y al vecino que te quita el sentido.»

Índice

Capítulo 1: Mi visor no enfoca milagros
Capítulo 2: Mentir es de guapas
Capítulo 3: El vecino de la puerta B
Capítulo 4: Un trato entre cañas
Capítulo 5: Instrucciones para no liarla
Capítulo 6: El primer posado
Capítulo 7: Flashback de un amor prohibido
Capítulo 8: Mi faja tiene un plan de fuga
Capítulo 9: Carretera, manta y curvas
Capítulo 10: Solo hay una cama, ¡qué original!
Capítulo 11: Pijama de algodón vs. bóxer de infarto
Capítulo 12: El baile del «sí, quiero»
Capítulo 13: La barra libre la carga el diablo
Capítulo 14: Resaca y verdades a medias
Capítulo 15: Operación «Que no se note»
Capítulo 16: El zoom de Martina
Capítulo 17: Javi no es solo un ingeniero
Capítulo 18: Encuentro con la ex de Javi
Capítulo 19: Un ensayo muy real
Capítulo 20: Boda en una azotea de Gran Vía
Capítulo 21: Beso bajo el cielo de Madrid
Capítulo 22: Chat: Emergencia en el paraíso
Capítulo 23: El miedo es un desenfoque
Capítulo 24: Javi planta cara
Capítulo 25: El hermano entra en escena
Capítulo 26: Maletas y lágrimas
Capítulo 27: La tormenta de verano
Capítulo 28: Sin filtros en el coche
Capítulo 29: La reconciliación más esperada
Capítulo 30: Llegar tarde es de estrellas
Capítulo 31: El brindis de la verdad
Capítulo 32: Adiós a las etiquetas

Capítulo 33: El plan de Javi
Capítulo 34: Una cámara nueva y una vida nueva
Capítulo 35: Mudanza entre besos
Capítulo 36: Reunión de Las Pecadoras
Capítulo 37: Confeti y cañas
Capítulo 38: El último flash

CAPÍTULO 1: MI VISOR NO ENFOCA MILAGROS

Dicen que en Madrid, si en agosto no estás en la playa, es porque eres pobre, trabajas en hostelería o eres fotógrafa de bodas autónoma con una suerte de perros. Yo pertenezco al tercer grupo, y ahora mismo, bajo el sol de justicia de El Escorial, estoy a punto de descubrir que mi cámara puede captar muchas cosas, pero no hace milagros con la paciencia humana.

Sudo. Y no sudo de forma glamurosa, en plan "brillo de pasarela". No, tía. Sudo de verdad. Mi camisa negra —esa que me pongo porque el negro es profesional y disimula que soy una tía rotunda de la talla cuarenta y cuatro— está empezando a pegarse a mi espalda como si fuera una segunda piel. Cargo con dos cuerpos de cámara que pesan un quintal y un objetivo de trescientos milímetros que parece un bazuca, moviéndome entre invitados que huelen a perfume caro y a sudor contenido.

—¡Sara! ¡Por aquí, que no sacas el perfil bueno de la novia! —me grita la madre de la novia, que va vestida de madrina con un tocado que parece que va a despegar hacia Marte en cualquier momento.

La novia, mi prima Jessy, tiene una cara que es un poema. Está al borde de un ataque de nervios, con la mirada perdida y una sonrisa tan forzada que sospecho que lleva más Lexatin en el cuerpo que sangre.

—Sonríe, Jessy, que esto solo pasa una vez en la vida… o tres, si sale como lo de tu hermana —le suelto intentando que se relaje.

Enfoco. Disparo. El flash rebota en las copas de champán y yo solo puedo pensar en una caña bien tirada en cualquier bar de Malasaña. Pero el destino, que es un cachondo, tiene otros planes para mí. En cuanto bajo la cámara para cambiar la tarjeta de memoria, las veo. Son ellas. El dúo dinámico del terror familiar: la tía Paqui y la tía Consuelo.

Vienen hacia mí como dos tiburones que han olido sangre (o croquetas).

—Pero bueno, Sarita… ¡qué desmejorada te veo con tanto aparato colgando! —suelta la tía Paqui, agarrándome del brazo con una

mano que tiene más anillos que una tienda de antigüedades del Rastro—. ¿No te cansas de hacerle fotos a la felicidad de los demás?

—Es mi curro, tía. Alguien tiene que pagar el alquiler en Madrid —respondo con mi mejor sonrisa de "no me mates todavía".

—Ya, ya… pero es que nos tienes preocupadas —interviene la Consuelo, que está pinchando una croqueta con una elegancia que me flipa—. Que se te va a pasar el arroz, hija. A tu edad yo ya tenía dos hijos y una hipoteca. Mírate, siempre sola, de boda en boda pero nunca de blanco. ¿Es que no hay ningún muchacho que te haga tilín?

Siento que me va a dar un parraque. Me pica la faja, me arden los pies y el cinismo que normalmente me sirve de escudo se está derritiendo por el calor. Miro a mi alrededor. Todos los primos tienen pareja. Hasta el primo feo, el que colecciona chapas, ha venido con una chica que parece encantada de la vida.

El orgullo me sube por la garganta más rápido que un chupito de tequila. No puedo más.

—Pues para que lo sepáis —suelto de golpe, irguiéndome y notando cómo mis curvas llenan la camisa con una dignidad renovada—, no estoy sola. Tengo novio.

Las dos se quedan petrificadas, con la croqueta a medio camino de la boca.

—¿Novio? ¿Tú? —pregunta la Paqui, flipando en colores.

—Sí, yo. Y no es un novio cualquiera. Es un tío espectacular, formal y muy profesional. De hecho —añado, cavando mi propia fosa con una pala de oro—, es tan estupendo que va a venir conmigo a la boda de la prima Lucía el mes que viene para que lo conozcáis todos.

Las tías empiezan a cacarear de alegría. Yo, mientras tanto, miro mi cámara y me doy cuenta de que acabo de sacar la foto más difícil de mi vida: la de un novio que no existe.

CAPÍTULO 2: MENTIR ES DE GUAPAS

Si conducir por la A-6 un domingo por la tarde ya es un deporte de riesgo, hacerlo después de haberle soltado a toda tu familia que tienes un novio imaginario es, directamente, una misión suicida. Agarro el volante de mi coche con una fuerza que me va a dejar las manos como garras de águila.

—Pero vamos a ver, Sara, ¿tú eres tonta o qué te pasa? —me grito a mí misma mientras adelanto a un monovolumen lleno de niños gritando—. ¿Un novio? ¿En serio? ¿No podías haber dicho que tenías un hámster con depresión?

El pánico empieza a subirme por el pecho, justo por encima del encaje del sujetador. Tengo siete días. Siete puñeteros días para encontrar a un espécimen masculino que esté lo suficientemente bueno como para que mis tías no sospechen, que sea lo suficientemente listo como para no meter la pata con la cronología de nuestra «historia de amor» y que no sea un psicópata. En Madrid hay de todo, pero ese unicornio no se encuentra dándole una patada a una piedra en la Puerta del Sol.

Siento que el móvil vibra en el soporte. Necesito ayuda profesional. O, al menos, necesito que mis amigas se rían de mí para rebajar el nivel de drama.

Chat: Las Pecadoras de Malasaña

Sara: Chicas, SOS. He cometido un error táctico nivel histórico. He dicho en la boda de la Jessy que tengo novio. Y que lo llevo a la boda de la prima Lucía.

Martina: ¡¿QUÉ?! 😱 Pero si la última vez que saliste con alguien fue con aquel intensito que citaba a Neruda mientras te comías un kebab. ¿Quién es el afortunado invisible?

Bea: Ay, Sarita… en qué jaleos te metes. ¿Por qué no les has dicho la verdad? Que estás soltera porque te da la gana y punto.

Sara: Porque la tía Paqui me ha mirado con una pena que parecía que me estaba diagnosticando una enfermedad terminal por no

tener un anillo en el dedo. No he podido evitarlo. ¡Ha sido legítima defensa!

Martina: Escúchame, tía. Tinder. Filtra por «distancia: 2km» y «nivel de desesperación: bajo». Seguro que encuentras a algún pibón que por una cena gratis y barra libre de boda se apunta al bombardeo.

Sara: ¡Ni de coña! Tinder es un campo de minas. Mi madre es capaz de hacerle un interrogatorio nivel CIA y, a la tercera pregunta sobre nuestro primer beso, el tío sale huyendo por la ventana de la sacristía.

Bea: Yo sigo pensando que deberías decir que habéis cortado. Un drama rápido y listo.

Sara: Imposible. Ya he dicho que es «el definitivo». Si ahora corto, me organizan una cita a ciegas con el hijo del carnicero, y eso sí que no lo sobrevivo.

Bloqueo el móvil y suspiro. Me miro en el retrovisor. Ahí estoy yo: Sara, treinta años, fotógrafa con más equipo que ahorros y unas curvas talla cuarenta y cuatro que me hacen sentir como una diosa hasta que mi madre me recuerda que «aún no he sentado cabeza».

Amo mi independencia. Amo llegar a mi piso en Malasaña, tirarme en el sofá, desabrocharme el botón del pantalón y no tener que darle explicaciones a nadie de por qué me he cenado un tazón de cereales mientras veo un documental de crímenes reales. No necesito a un tío al lado para sentirme completa, pero parece que para mi familia, si no hay un hombre en el encuadre, la foto de mi vida sale desenfocada.

La presión social es una mierda, tía. Es como esa faja que llevo hoy: te aprieta, te deja sin aliento y, al final, solo tienes ganas de que alguien te ayude a quitártela.

Entro en Madrid y veo las luces de los edificios. El corazón me va a mil. Tengo una semana. Siete días para encontrar a un pibón que sepa mentir, que aguante a mi familia y que no me quiera llevar al altar después del postre.

Pan comido, ¿verdad?

CAPÍTULO 3: EL VECINO DE LA PUERTA B

Llego a mi portal en Malasaña con los pies pidiendo clemencia y el alma cargada de mentiras. Solo quiero un baño, un pijama de algodón que no me apriete ni el alma y desaparecer del mapa hasta que se me pase la tontería. Pero, por supuesto, esto es Madrid, es domingo y mi edificio tiene más años que el hilo negro.

Miro el cartelito de «No funciona» pegado en la puerta del ascensor con un celo que tiene más mugre que una alfombra del Rastro.

—Genial, Sara. De locos. Tres pisos por delante con diez kilos de equipo al hombro. Si no me da un síncope hoy, no me da nunca —mascullo mientras me cuelgo las mochilas y agarro el trípode como si fuera un fusil.

Empiezo a subir los escalones de madera, esos que crujen avisando a todo el vecindario de que la "soltera del tercero" ya está en casa. Voy por el segundo piso, resoplando como una cafetera vieja, cuando la puerta de la letra B se abre de golpe.

Y entonces, el mundo se detiene. O, al menos, mi respiración decide tomarse un descanso.

Ahí está Javi. Bajando la basura.

A ver, que a Javi lo conozco desde que llevábamos zapatillas de luces y él me ayudaba con las mates. Es el mejor amigo de mi hermano, el tío que ha visto mis peores resacas y con el que me he tomado más cañas que con mis amigas. Pero hoy… hoy Javi lleva unas bermudas de algodón que le quedan de miedo y una camiseta blanca, de esas básicas, que se le pega a unos hombros que me parecen poco éticos para ser domingo por la tarde.

—¿Pero qué haces, loca? —dice con esa voz ronca que tiene siempre al final del día—. Dame eso antes de que te quedes en el sitio.

Sin esperar respuesta, me quita la maleta del equipo y se cuelga una de mis mochilas al hombro. Al hacerlo, se queda a escasos centímetros de mí. Huele a limpio, a jabón de ese de toda la vida, a hogar… y a algo más, algo puramente masculino que hace que mis

hormonas, que estaban dormidas tras el palizón de la boda, se pongan a bailar una jota.

—Gracias, Javi. El ascensor ha decidido jubilarse hoy —acierto a decir, intentando que no se note que estoy flipando con la visión de sus bíceps en tensión.

Llegamos al rellano y él deja mis cosas frente a mi puerta. Se apoya en el marco de la suya, con esa postura relajada que tanto me molesta porque a él todo parece salirle bien. Me mira con sus ojos color miel, con esa mezcla de paciencia y cariño que solo él sabe darme.

—Estás roja como un tomate, tía. ¿Tan mal ha ido la boda de la Jessy? —pregunta con una sonrisa pícara.

Lo miro. Miro su mandíbula marcada, su barba de tres días perfectamente descuidada y esa forma que tiene de ocupar el espacio, tan rotundo como yo, pero de otra manera. La mentira que le solté a mis tías me quema en la garganta. Necesito soltarlo o voy a explotar.

—Un desastre, Javi. De verdad. Me han acorralado entre croqueta y croqueta y he entrado en pánico. He dicho que tengo un novio formal y que lo llevo a la próxima boda —suelto de una sentada mientras busco las llaves en el bolso.

Javi levanta una ceja, aguantándose la risa.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el afortunado? ¿Algún fotógrafo intensito de esos que te gustan a ti?

Lo miro fijamente, agotada y desesperada, y suelto lo primero que me pasa por la cabeza:

—No hay afortunado, Javi. No existe. He dicho que tengo novio y ahora mismo lo que necesito es alquilar uno para que no me deshereden.

CAPÍTULO 4: UN TRATO ENTRE CAÑAS

Diez minutos después, estamos sentados en un rincón de «La San Ildefonso». El sitio está hasta la bandera, con ese ruido de fondo tan nuestro que mezcla el tintineo de los vasos con las risas de la gente que se resiste a que el domingo se acabe. Javi ha conseguido dos cañas bien tiradas —con su espuma justa, como Dios manda— y un platito de altramuces que ya ha empezado a devorar.

Yo, en cambio, solo puedo mirar el cristal empañado de mi vaso mientras intento procesar la locura que estoy a punto de soltar.

—A ver si lo he entendido —dice Javi, apoyando los codos en la mesa y mirándome con una diversión que me dan ganas de darle un capón o besarlo, no lo tengo claro—. Te has inventado un novio para que la tía Paqui deje de mirarte como si fueras un gato abandonado en una gasolinera.

—No te rías, tío, que es un drama —le corto, dándole un trago largo a la cerveza—. Me han acorralado. Ha sido una emboscada en toda regla. Y ahora, o aparezco con alguien en la boda de la prima Lucía, o me veo pasando el resto de mis días en citas a ciegas con los hijos de las amigas de mi madre. Y créeme, Javi, eso es un destino peor que la muerte.

Javi suelta una carcajada limpia que hace que un par de modernos de la mesa de al lado se giren. Me encanta su risa; es de esas que le achinan los ojos y le marcan unas arruguitas en las sienes que… bueno, que no vienen al caso.

—¿Y qué pretendes, Sarita? ¿Poner un anuncio en Wallapop? «Se alquila novio con paciencia infinita y traje que no le quede estrecho».

—No —respondo, dejando el vaso en la mesa y clavándole la mirada—. Te lo estoy pidiendo a ti.

Javi se queda a mitad de un altramuz. El brillo de sus ojos cambia de la burla a algo mucho más denso, más oscuro.

—Tú me acompañas a las tres bodas que tengo este verano —sigo, hablando rápido antes de que me falle el valor—. Finges que estamos locos el uno por el otro, que no puedes quitarme las manos

de encima… o lo que sea que hagan las parejas normales. Y yo, a cambio… no sé, ¡te limpio el piso un mes! O te cocino. Bueno, mejor te limpio el piso, que mis croquetas son armas de destrucción masiva.

Javi se queda en silencio. Me mira de esa forma suya, como si estuviera calculando una estructura de un puente de los suyos, pero esta vez el puente soy yo. Noto cómo mis curvas se tensan bajo la mesa y cómo el calor del bar empieza a agobiarme más de la cuenta. No sabe que él lleva años siendo mi «en caso de emergencia, rompa el cristal» emocional.

—Nada de limpiar el piso, Sara —dice por fin, con una voz que ha bajado un par de octavas—. Ni de coña voy a dejar que toques mi colada.

—¿Entonces? —pregunto con el corazón dándome patadas en las costillas.

—Quiero que seas la fotógrafa oficial de mi estudio. Estoy lanzando un proyecto de rehabilitación de edificios antiguos en el centro y necesito fotos de verdad, de las tuyas. Con alma, sin filtros de esos que lo dejan todo liso y aburrido. Ese es mi precio.

Exhalo el aire que no sabía que estaba reteniendo. ¿Solo trabajo? Eso es fácil. Eso es seguro.

—Hecho. Trato hecho —digo, tendiéndole la mano por encima de la mesa.

Javi agarra mi mano. Su palma es grande, cálida y un poco rugosa, la piel de un hombre que sabe usar las manos para algo más que teclear en una computadora. En cuanto sus dedos se cierran sobre los míos, un calambre me recorre el brazo y va directo a mi estómago, instalándose justo ahí, donde empiezan los problemas.

Sus ojos miel me sostienen la mirada y, por un segundo, me pregunto si esto de meter al zorro en el gallinero ha sido la mejor idea de mi vida o el mayor jaleo en el que me he metido nunca.

—Prepárate, vecina —susurra, sin soltarme—. Porque si vamos a mentir, vamos a hacerlo tan bien que hasta tú te lo vas a creer.

CAPÍTULO 5: INSTRUCCIONES PARA NO LIARLA

A ver, que yo en mi trabajo soy una profesional. Sé preparar un set, ajustar el balance de blancos y conseguir que una novia histérica parezca un ángel de Victoria's Secret. Pero tener a Javi en mi salón, sentado en mi sofá de Ikea con una libreta y cara de estar planeando el atraco a la Casa de Moneda y Timbre, me tiene atacada de los nervios.

—Vale, repasemos —dice él, dándole un toque con el bolígrafo a la mesa—. Si tu tía Paqui, que es el equivalente a un interrogatorio de la Gestapo pero con olor a laca, nos pregunta dónde nos conocimos, ¿qué decimos?

—En el WiZink Center —respondo de carrerilla mientras me muerdo una uña—. En un concierto de Leiva. Tú me tiraste la cerveza encima «sin querer» y yo te solté un fresco, pero como eres un pesado encantador, acabaste invitándome a otra.

Javi sonríe. Esa sonrisa que le marca el hoyuelo y que debería estar prohibida por la Dirección General de Tráfico.

—Me pega. ¿Y quién dio el primer paso para el primer beso? —pregunta, inclinándose un poco hacia delante.

—Yo, obviamente. Soy una mujer del siglo veintiuno, Javi. No espero a que nadie me rescate —suelto con mi mejor tono de suficiencia, aunque por dentro mis hormonas estén haciendo la conga.

—Error —sentencia él, levantándose del sofá con una lentitud que me pone los pelos de punta—. Si queremos que se lo traguen, tenemos que vender la historia de que estoy coladito por tus huesos. Que no puedo evitarlo. Que eres como un imán y yo un trozo de hierro con muy poca fuerza de voluntad.

Se acerca a mí. Mi salón, que normalmente me parece enorme cuando estoy sola cenando pizza, de repente se ha quedado pequeño. Muy pequeño. Javi se para a escasos centímetros. Noto el calor que desprende, ese aroma a café y a hombre que hace que mi cerebro empiece a enviar señales de socorro a mis rodillas.

—Sara, si vamos a una boda, vamos a tener que estar pegados. Mucho rato.

Antes de que pueda articular palabra, Javi da un paso más y me rodea la cintura con un brazo. Su mano, esa mano grande de ingeniero, se posa con firmeza justo donde empieza la curva de mi cadera, hundiéndose ligeramente en la carne suave por encima del pantalón.

Se me corta la respiración. De golpe. Es como si el aire de Malasaña se hubiera acabado de repente. Siento su palma quemándome a través de la tela, y juro que puedo notar cada uno de sus dedos marcando el territorio.

—Esto es lo que verán ellos —susurra, acortando la distancia hasta que su frente casi roza la mía.

Tengo el pulso a doscientas revoluciones por minuto. Mis curvas, esas de las que siempre estoy tan orgullosa, parecen haber cobrado vida propia bajo su contacto. Miro sus labios y me pregunto si el plan de «ensayar» incluía que yo me olvidara de cómo se habla.

Javi ladea la cabeza, bajando la vista a mi boca un segundo que dura una eternidad, y luego se acerca a mi oído. Su aliento cálido me eriza hasta el último vello del cuerpo.

—Si vamos a hacerlo, Sara, vamos a hacerlo bien. Que parezca que no puedo dejar de tocarte.

CAPÍTULO 6: EL PRIMER POSADO

Si sobrevivir a una boda de extraños es difícil, sobrevivir a una comida de domingo en el barrio del Pilar con un novio de alquiler es el equivalente a jugar al Jenga en mitad de un terremoto.

Cruzar el umbral de la casa de mis padres con la mano de Javi entrelazada con la mía ha sido el momento de más tensión de mi vida profesional. Y eso que una vez se me cayó el flash principal justo cuando el novio decía el «sí».

—¡Pero qué alegría, pasad, pasad! —mi madre, Carmen, ya está encima de nosotros antes de que podamos cerrar la puerta.

Javi despliega su encanto de ingeniero con una precisión quirúrgica. Le entrega a mi madre una caja de pasteles de la pastelería más cara de Malasaña y le planta dos besos que la dejan encandilada en menos de lo que tarda en decir «paella».

—Carmen, estás estupenda. Ahora entiendo de dónde ha sacado Sara esos ojos —le suelta con una naturalidad que me hace querer aplaudirle y darle un guantazo a partes iguales.

En cinco minutos, Javi ya está en el salón hablando de fútbol con mi padre y ayudando a mi madre a traer las bebidas. Es el yerno ideal. El problema es el tercer elemento en discordia: mi hermano Dani.

Dani está sentado en el sofá con los brazos cruzados, alternando la mirada entre su mejor amigo y yo con un entrecejo que llega hasta Cuenca. Nos conoce demasiado bien. Sabe que Javi es un ligón y que yo soy una escéptica, y el hecho de que de repente seamos «la pareja del año» le huele más chamuscado que el socarrat de la paella.

Nos sentamos a la mesa. El ambiente está cargado de preguntas no formuladas y de un olor a azafrán que me está revolviendo el estómago por los nervios.

—Y decidme —suelta Dani, pinchando un langostino con saña—, ¿cuándo empezó exactamente este romance de película? Porque hace dos semanas Javi y yo estuvimos viendo el partido y no me

mencionó que se estuviera beneficiando... digo, saliendo con mi hermana.

—Dani, por favor, esos modales —le regaña mi madre, aunque ella también aguanta la respiración esperando la respuesta.

Siento que me empiezo a poner roja. El calor me sube por el cuello y noto que las palabras se me atascan en la garganta. Justo cuando voy a soltar alguna incoherencia sobre «tiempos y ritmos», noto algo.

Bajo el mantel, la mano de Javi se posa con firmeza sobre mi muslo. No es un roce accidental. Es una presión cálida, posesiva y tranquilizadora que me recorre toda la pierna. Sus dedos se hunden ligeramente en la carne de mi muslo, justo ahí donde mi talla cuarenta y cuatro se siente más rotunda.

Casi me atraganto con un trozo de pimiento.

—Fue algo progresivo, Dani —responde Javi con una calma insultante, sin quitar la mano de mi pierna—. A veces tienes el tesoro delante de las narices y necesitas que alguien te dé un empujón para verlo. No te lo dije porque no quería que te pusieras así de protector.

Le lanza una mirada de advertencia a mi hermano que lo deja mudo por un segundo. Yo solo puedo pensar en que la mano de Javi sigue ahí, dándome un calor que me está nublando el juicio.

Al terminar la comida, el alivio me llega cuando por fin estamos en el descansillo para irnos. Mis padres salen a despedirnos como si nos fuéramos a la guerra.

—Bueno, familia, nos vemos pronto —dice Javi.

Entonces, me agarra por la nuca. Sus dedos se enredan en mi pelo y me inclina hacia atrás con la elegancia de un actor de la época dorada de Hollywood. Me besa. Delante de mi madre, de mi padre y de un Dani que está a punto de implosionar.

Es un beso largo, profundo, que sabe a café y a una promesa que no estaba en el contrato. Sus labios presionan los míos con una urgencia que me hace arquear la espalda y agarrarme a sus hombros para no caerme.

Cuando nos separamos, mi madre tiene las manos en las mejillas y yo tengo el mundo dando vueltas. Bajamos las escaleras en

silencio. Javi se rasca la nuca, un poco cortado, pero yo no puedo dejar de mirarme los pies.

Porque sé que ese beso no ha sido solo para la galería. O, al menos, mi corazón está latiendo tan fuerte que ha decidido que, de mentira, no ha tenido absolutamente nada.

CAPÍTULO 7: FLASHBACK DE UN AMOR PROHIBIDO

Son las tres de la mañana y mi techo tiene un patrón de sombras que me sé de memoria. He contado ovejas, he repasado el balance de blancos de las fotos de ayer y he intentado convencerme de que el hormigueo que siento en los labios es solo una reacción alérgica al marisco de la paella.

Mentira. Es el beso. O mejor dicho, es la sombra de Javi, que se ha instalado en mi cama sin necesidad de estar presente.

Me giro hacia un lado y cierro los ojos con fuerza, pero la memoria es una traicionera de mucho cuidado. De repente, ya no estoy en mi habitación de Malasaña. Estoy de vuelta en aquel jardín de las afueras, hace cinco veranos.

Era la fiesta de graduación de mi hermano. Había música alta, olor a césped recién cortado y yo llevaba un vestido rojo que me hacía sentir como si pudiera comerme el mundo de un bocado. Me había escapado a la zona de la piscina para respirar un poco de aire fresco y allí estaba él.

Javi se había quitado la corbata y tenía la camisa remangada, dejando a la vista esos antebrazos que siempre me habían parecido una obra de arte. Se acercó a mí con dos vasos de plástico y esa mirada que siempre me ha hecho sentir que soy la única persona en la habitación.

—Estás increíble hoy, Sara —me dijo, y su voz sonó más baja de lo normal, vibrando en el aire húmedo de la noche.

Se acercó tanto que podía oler el combinado de ginebra y ese perfume suyo que siempre me ha vuelto loca. Me puso una mano en la mejilla, con el pulgar acariciando mi labio inferior, y yo me quedé paralizada. El mundo se quedó en silencio. Estaba pasando. Javi, el mejor amigo de mi hermano, el chico que siempre estaba ahí, iba a besarme.

Y entonces, el pánico me golpeó como un tren de mercancías.

Pensé en Dani. Pensé en las cenas familiares. Pensé en qué pasaría si salía mal, si Javi se cansaba de mis inseguridades o si yo

terminaba siendo solo una muesca más en su currículum de ligón de barrio. No podía perderlo. Si lo besaba y lo perdía, me quedaría sin amigo y sin nada.

Así que hice lo que mejor se me da: huir. Le solté una broma estúpida sobre su aliento a alcohol, solté una carcajada nerviosa y me largué de allí antes de que nuestros labios se rozaran. Desde esa noche, pusimos un muro invisible de «colegueo» que ha durado cinco años.

Hasta hoy.

Me incorporo en la cama y me abrazo las rodillas. Javi es un «buen tío». De los de verdad. De los que te ayudan con la mudanza y te traen pasteles. Y yo… yo soy un desastre emocional con miedo a las etiquetas y una colección de cámaras de fotos que uso para esconderme del mundo. Me aterra que me vea de verdad, sin el visor delante. El miedo al rechazo es un monstruo que vive debajo de mi cama y hoy está haciendo horas extras.

Cojo el móvil. La pantalla me deslumbra en la oscuridad. Necesito soltarlo o no voy a pegar ojo en lo que queda de noche.

Chat: Las Pecadoras de Malasaña

Sara: Chicas, sigo despierta. El beso de hoy en casa de mis padres no ha sido normal.

Martina: ¿Cómo de «no normal»? ¿Ha habido lengua? ¿Ha habido fuegos artificiales? ¡Cuenta!

Bea: Sarita, te dije que jugar con fuego era peligroso…

Sara: Tías, estoy en un jaleo de locos. No sé si es el pacto, el calor o que me estoy volviendo loca, pero creo que Javi besa mejor de lo que un amigo debería. Y lo peor es que no quiero que deje de hacerlo.

Bloqueo el teléfono y lo tiro sobre la mesilla. Mañana será otro día, pero sé que el muro de estos cinco años acaba de desmoronarse por completo. Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a las otras dos bodas sin terminar perdidamente enamorada del vecino de la puerta B.

CAPÍTULO 8: MI FAJA TIENE UN PLAN DE FUGA

Si hay un infierno particular para las mujeres con curvas, no tiene llamas ni demonios con tridentes; tiene espejos de cuerpo entero, luces fluorescentes y una faja reductora de alta compresión que parece haber sido diseñada por un ingeniero de la NASA con muy mala leche.

—¡Entra, maldita sea, entra! —le grito a mi propio reflejo mientras doy saltitos por toda la habitación, intentando que el panel reforzado de la faja pase de mis muslos a mi cintura.

Sudo. Sudo mucho. Y no es para menos, porque ponerme esta armadura de licra con treinta y cinco grados a la sombra es lo más parecido a intentar meter un dónut de chocolate en una caja de cerillas. Cuando por fin oigo el «clac» de las ballenas ajustándose a mis costillas, me quedo paralizada, conteniendo el aliento. Mi faja no es solo una prenda interior; es un rehén que en cualquier momento puede decidir que tiene un plan de fuga y salir disparado, llevándose por delante algún botón de mi vestido.

Me pongo el vestido verde esmeralda que Martina me ayudó a elegir. Es precioso, lo reconozco. Tiene un escote cruzado que realza mi pecho y una caída que abraza mi talla cuarenta y cuatro sin complejos. Pero, aun así, me siento como un embutido de lujo. Un salchichón de alta gama envuelto en seda.

—Las bodas son un invento de Satán —mascullo mientras me peleo con el cierre de la sandalia—. Un complot internacional diseñado para que las solteras nos sintamos como un calcetín desparejado en el fondo de un cajón.

Mi madre me ha obligado a ir «hecha un pincel». Dice que la prima Jessy se merece que todos estemos a la altura, como si por ponerme un tocado fuera a mejorar la calidad del catering. Para mí, las bodas son solo una sucesión de protocolos rancios, fotos de compromiso y tías preguntando por el estado de mi útero. O al menos, así era hasta ahora.

De repente, suena el timbre.

Es él. Mi «falso prometido». El hombre que va a evitar que hoy sea el centro de todas las lástimas familiares.

Me miro por última vez al espejo, me pongo un poco de brillo en los labios y abro la puerta intentando parecer una mujer sofisticada y no una que está a punto de desmayarse por falta de oxígeno.

Y entonces, el mundo se detiene.

Javi está apoyado en el marco de la puerta, y juro por lo más sagrado que si hubiera una cámara cerca, el enfoque se habría vuelto loco. Lleva un traje azul marino que parece cortado sobre su cuerpo por los mismos ángeles. La camisa blanca, impecable, resalta su bronceado, y la corbata estrecha le da un aire de «tío interesante que podría explicarte física cuántica o desnudarte con la mirada». O las dos cosas a la vez.

—Hola, vecina —dice, y su voz suena más profunda de lo habitual. Me recorre de arriba abajo con una lentitud que me pone los pelos de punta—. Estás... bueno, estás increíble. Ese verde te queda de miedo.

Me quedo sin habla. Literalmente. Se me olvida cómo se forman las palabras en castellano. Javi está tan guapo que me dan ganas de suspender la mentira, cerrar la puerta por dentro y pasar directamente a la acción sin necesidad de ir a ninguna sierra ni ver a ninguna prima.

—Tú tampoco vas mal, ingeniero —consigo decir con un hilo de voz, intentando recuperar la compostura mientras agarro el bolso—. Pero que sepas que, si me desmayo en mitad del enlace, no es por la emoción; es porque esta faja me está comprimiendo hasta el alma.

Javi se ríe, se acerca a mí y me ofrece el brazo con una galantería que me desarma.

—No te preocupes, Sara. Si te desmayas, te atraparé. Es parte del contrato, ¿no?

Salimos al rellano y, por primera vez, no tengo miedo de la boda. Tengo miedo de que, con Javi tan cerca y oliendo así de bien, la que acabe queriendo dar el «sí, quiero» de verdad sea yo.

CAPÍTULO 9: CARRETERA, MANTA Y CURVAS

Salir de Madrid un sábado de agosto es una prueba de fuego para cualquier relación, aunque la nuestra sea de cartón piedra. El asfalto de la A-6 devuelve un calor que hace que el horizonte vibre, pero dentro del coche de Javi, el aire acondicionado y el olor a cuero limpio crean una burbuja de paz que me está poniendo más nerviosa que el tráfico.

Javi conduce con una mano en el volante y la otra cerca de la palanca de cambios, con esa seguridad de quien sabe exactamente a dónde va. Yo voy de copiloto, intentando que mi vestido verde no se arrugue más de la cuenta y peleándome con el GPS mental de mi ansiedad.

—¿Podemos quitar las noticias? —pregunto, necesitando algo que tape el sonido de mi propio corazón—. Me están entrando ganas de tirarme en marcha.

—Tus deseos son órdenes, jefa —dice él con un guiño.

Conecta su móvil y, de repente, por los altavoces empieza a sonar una mezcla perfecta: Vetusta Morla, Izal y, de vez en cuando, algún clásico de los ochenta que me sé de memoria.

—No me digas que tienes una lista de reproducción para secuestrar fotógrafas —suelto, intentando recuperar mi tono burlón.

—Tengo una lista de reproducción para que dejes de morderte el labio, Sara. Te lo vas a hacer sangre —responde él sin apartar la vista de la carretera.

El tono de la conversación cambia a medida que dejamos atrás los edificios y empezamos a ver el perfil azulado de la Sierra de Guadarrama. Empezamos a recordar los veranos en el barrio, las veces que él me defendió de los matones del parque y cómo yo le pasaba las chuletas de lengua.

—¿Sabes qué es lo que más me flipaba de ti cuando éramos críos? —pregunta de repente, con un tono más serio—. Que te daba exactamente igual lo que dijeran los demás. Si querías subirte al árbol más alto, te subías. Si querías comer chocolate hasta explotar,

lo hacías. Siempre has pasado de los cánones, y eso, Sara, es lo más sexy que existe.

Lo miro de reojo. El perfil de Javi es insultantemente perfecto bajo la luz del sol: la nariz recta, la mandíbula que parece tallada en granito y esas manos… Dios, esas manos grandes, con los dedos largos y fuertes sobre el volante. De repente, ya no veo al amigo de Dani, al que me prestaba los apuntes o al que me ayudaba a cargar el equipo. Veo al hombre. Un hombre que está ahí, a escasos centímetros de mí, y que me está diciendo que le gusto desde hace una eternidad.

Empiezo a juguetear con el bolso, notando cómo el aire me falta de nuevo. La faja ya no es el único problema; es la tensión que flota entre los dos, una electricidad estática que amenaza con hacer saltar los plomos del coche.

—Estoy nerviosa, Javi. Mis tías van a ser un dolor de muelas y mi prima Jessy va a estar mirándonos con lupa —confieso, bajando la guardia por un momento.

Estamos llegando a la salida hacia el hotel rural. Javi reduce la velocidad y, con una naturalidad que me deja sin aliento, suelta el volante con la mano derecha y la posa sobre mi rodilla, justo por encima de la seda verde de mi vestido.

Siento un chispazo eléctrico que me recorre desde la rótula hasta el último poro de la piel. Su palma es cálida, pesada y terriblemente reconfortante. El contacto es tan real, tan poco fingido, que juro que el coche ha dado un bandazo, aunque él no ha perdido el control ni un segundo.

—Tranquila —dice con voz ronca—. Hoy eres mi chica. Y no voy a dejar que nadie te moleste. Solo mírame a mí, ¿vale?

Trago saliva como puedo. El problema es que, si le miro solo a él, me voy a olvidar de que todo esto es mentira.

CAPÍTULO 10: SOLO HAY UNA CAMA, ¡QUÉ ORIGINAL!

Llegamos a «La Encina Coqueta» con el sol empezando a caer tras las montañas de la Sierra. El hotel es el típico sitio rural que huele a leña, a lavanda y a presupuesto de boda inflado. Cruzo el vestíbulo con mis sandalias de tacón resonando en las baldosas de barro cocido, rezando para que el check-in sea rápido y pueda quitarme la faja antes de que mis órganos vitales declaren la huelga general.

—Buenas tardes —nos recibe una recepcionista con una sonrisa tan perfecta que sospecho que practica frente al espejo—. Reserva a nombre de Javier Castro, ¿verdad?

—Exacto —responde Javi, apoyando un brazo en el mostrador con esa relajación que me pone enferma.

La chica empieza a teclear con una lentitud exasperante. De repente, su sonrisa flaquea y pone una cara de circunstancias que me hace temer lo peor.

—Ay, lo siento muchísimo... Verán, parece que ha habido un error informático con la gestión de las habitaciones dobles. Teníamos anotado que querían dos camas separadas, pero la caldera de la planta baja ha reventado y hemos tenido que reubicar a varios invitados.

—¿Y eso qué significa exactamente? —pregunto, con un mal presentimiento instalándose en mi estómago.

—Significa que la única habitación disponible que nos queda es la suite «Los Amantes del Valle». Es nuestra mejor habitación, tiene una cama nupcial de dos metros, bañera exenta y vistas al pico de Peñalara. Se la dejamos por el mismo precio, por supuesto.

Me quedo helada. Mi cerebro empieza a procesar la logística: Javi, yo, una cama, dos metros. Siguen siendo demasiados pocos metros cuando el hombre en cuestión llena tanto el espacio.

—Oiga, no, mire, es que nosotros... —empiezo a protestar, con la cara ardiendo.

—No pasa nada, Sara —me interrumpe Javi, girándose hacia mí con una mirada cargada de una diversión peligrosa—. Somos prometidos, ¿no? No vamos a montar un numerito por dormir juntos a estas alturas. Nos quedamos la suite.

Me lanza un guiño que casi hace que me caiga de espaldas. La recepcionista nos entrega la llave de madera con un «que disfruten de su estancia, pareja» y yo subo las escaleras sintiendo que voy directa al patíbulo.

Al abrir la puerta, el panorama es aún peor de lo que imaginaba. La habitación es preciosa, sí. Vigas de madera, una chimenea apagada y una bañera de patas en mitad del cuarto que grita «escena romántica» a los cuatro vientos. Y la cama... Dios mío, la cama tiene más almohadones que una tienda de decoración y, para rematar el desastre, alguien ha esparcido pétalos de rosa formando un corazón.

—Qué sutil todo —mascullo, dejando la maleta en el suelo—. Solo falta que salga un querubín tocando el arpa.

Javi deja su bolsa sobre un sillón y se quita la chaqueta del traje, quedándose en camisa. Empieza a desabrocharse los puños y yo no puedo dejar de mirar cómo se le marcan los tendones de las manos. El ambiente en la suite está tan cargado de tensión sexual que si encendiéramos una cerilla saldríamos volando por los aires.

Me giro hacia él, intentando poner mi mejor cara de «aquí no pasa nada», aunque me tiemblen hasta las pestañas. Señalo la inmensa cama con un dedo acusador.

—Bueno, Javi... vamos a dejar las cosas claras antes de que te hagas ilusiones —le digo, intentando sonar firme—. Tú en tu lado y yo en el mío. Y nada de cruzar la frontera de almohadas. Ni un dedo, ni un pie, ni un pensamiento impuro. ¿Estamos?

Javi se apoya en una de las vigas, me mira de arriba abajo con una sonrisa lenta y se muerde el labio inferior de una forma que debería ser ilegal.

—Estamos, Sara. Pero te advierto una cosa —dice, dando un paso hacia mí—. Esa cama es muy grande, pero yo suelo moverme mucho en sueños. No me hagas responsable de lo que pase si pierdo el norte.

Trago saliva. El norte no es lo único que estoy a punto de perder en este hotel de la Sierra.

CAPÍTULO 11: PIJAMA DE ALGODÓN VS. BÓXER DE INFARTO

Si pensaba que el momento de la recepción había sido tenso, no tenía ni idea de lo que me esperaba tras la puerta del baño. Me he pasado media hora bajo el chorro de agua fría, intentando bajarle los humos a mis pensamientos y convencer a mi corazón de que Javi es solo un compañero de trabajo temporal.

Para salir, he echado mano de mi armadura reglamentaria: un pijama de algodón gris con la cara de Mickey Mouse en el centro. Es ancho, es cómodo y es lo menos sexy que he encontrado en mi maleta. Es mi escudo de defensa personal; nadie se siente tentado por una mujer que lleva un ratón de dibujos animados en el pecho, ¿verdad?

—Vale, Sara, tú puedes. Entras, te metes en tu lado de la trinchera y cierras los ojos hasta que amanezca —susurro antes de abrir la puerta.

Pero al salir, el plan se desintegra.

Javi ya está en la cama, o mejor dicho, sobre ella. Está tumbado boca arriba, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y… Dios mío, solo lleva unos bóxers negros que no dejan absolutamente nada a la imaginación. El cuerpo de Javi no es el de un ingeniero que se pasa el día sentado frente a un ordenador; es el de un hombre que se machaca en el gimnasio y que parece haber sido esculpido con la única intención de dejarme sin aliento.

Tiene el abdomen marcado, los hombros anchos y una línea de vello que se pierde bajo el elástico de su ropa interior. El silencio en la habitación se vuelve absoluto, denso como la miel. Solo se oye el crepitar de algún mueble viejo y mi respiración, que ha decidido descontrolarse.

Javi se incorpora ligeramente y me recorre con la mirada. Lejos de reírse de mi pijama de Disney, sus ojos se oscurecen. Se detiene en mis curvas, en la forma en que el algodón se pega a mis caderas, y juro que noto un calor que no tiene nada que ver con la calefacción del hotel.

—Bonito pijama, vecina —dice con una voz tan ronca que me vibra en el estómago—. Aunque creo que el ratón está un poco apretado.

—Es… es un regalo de mi madre —miento descaradamente mientras rodeo la cama para meterme en mi lado—. Y no me mires así, Javi. Mañana tenemos una boda y necesito dormir.

Me meto bajo las sábanas de un salto, pegándome al borde del colchón como si fuera a caerme. Pero es inútil. La cama es enorme, sí, pero el calor que desprende su cuerpo es como una estufa de alta potencia en pleno invierno. Noto su presencia a mi espalda, una masa de energía y testosterona que hace que mi piel se erice.

Apagamos la luz. La oscuridad de la Sierra es total, solo interrumpida por un hilo de luna que entra por la rendija de la cortina. Estoy quieta, rígida como una tabla, intentando no mover ni un músculo. De repente, noto algo.

El brazo de Javi. Su piel cálida roza la mía, un contacto sutil, "sin querer", justo en el antebrazo. Es apenas un roce, pero para mí es como si me hubieran conectado a la red eléctrica de todo Madrid.

—Sara… —susurra él en la oscuridad. Su voz suena tan cerca de mi nuca que noto su aliento.

«Javi, si me tocas, no respondo», pienso con una desesperación creciente. Tengo ganas de girarme y mandarlo todo a la mierda: el contrato, el pijama de Mickey Mouse y mis miedos. Pero me quedo callada, apretando los ojos y rezando para que el sueño me rescate antes de que cometa la locura de cruzar la frontera de las almohadas.

CAPÍTULO 12: EL BAILE DEL «SÍ, QUIERO»

La boda de la prima Jessy está siendo el despliegue de flores, tul y cursilería que todos esperábamos, pero hay un factor con el que nadie contaba: Javi.

Si ayer en la suite era una tentación en bóxers, hoy es el arma de seducción masiva definitiva. Se está portando tan bien que hasta mi tía Paqui ha dejado de vigilar mi plato para mirarlo a él con adoración. Le sirve el vino con una elegancia natural, le aparta la silla a mi madre, me hace reír con comentarios ingeniosos al oído cuando el discurso del padrino se alarga demasiado y, sobre todo, no me quita la mano de encima. Bueno, la tiene justo donde debe: en mi espalda, en mi hombro o entrelazada con la mía sobre el mantel.

—Estás triunfando, ingeniero —le susurro mientras nos traen el sorbete de limón—. Mi madre ya está buscando fecha para nuestro bautizo.

—Es que soy un profesional, Sara. Te dije que nos lo íbamos a currar —me responde él con una sonrisa que no le llega a los ojos, porque tiene la mirada fija en mis labios.

Termina el banquete y el DJ decide que es hora de bajar las luces. Empieza a sonar una balada lenta, de esas que parecen diseñadas para que te olvides de que tienes una faja apretándote las costillas y una mentira apretándote el corazón.

—Me debes un baile —dice Javi, levantándose y ofreciéndome la mano.

Salimos a la pista. El resto de la familia está allí, observando con lupa. Javi me rodea la cintura con ambos brazos, pegando mi cuerpo al suyo con una firmeza que me deja sin aliento. No hay espacio entre nosotros; noto el calor de su pecho a través de la fina seda de mi vestido y el roce de sus muslos con los míos al compás de la música.

Es un contacto total. Sin pensar, apoyo la cabeza en su hombro, dejándome llevar por el balanceo. El perfume de Javi, esa mezcla de madera y algo puramente suyo, me envuelve como una niebla. Por

un momento, me olvido de las cámaras, de las tías y del contrato. Solo somos él y yo en una pista de baile en mitad de la Sierra.

Sus manos en mi cintura empiezan a moverse con una lentitud desesperante, subiendo y bajando por mis curvas, reconociéndolas. Noto cómo sus dedos se hunden ligeramente en mi piel, y un escalofrío me recorre la columna.

De repente, siento su aliento cálido en mi oreja. Javi se inclina, rozando mi lóbulo con los labios, y me susurra con una voz tan ronca que me hace vibrar hasta los huesos:

—Sara, no sé cómo voy a aguantar dos bodas más fingiendo... —hace una pausa y noto cómo aprieta más su agarre contra mí—. No sé cómo voy a aguantar fingiendo que no me muero por besarte ahora mismo y mandarlo todo a la mierda.

Me quedo helada, con el corazón martilleando contra sus costillas. Levanto la cabeza para mirarlo y lo que veo en sus ojos no es actuación. Es hambre. Es verdad. Y es el jaleo más grande en el que me he metido en mi vida.

CAPÍTULO 13: LA BARRA LIBRE LA CARGA EL DIABLO

Si el baile lento fue la antesala del desastre, la barra libre es el desastre con luces de neón y confeti.

A la tercera hora de fiesta, el protocolo de la prima Jessy ha saltado por los aires. "Paquito el Chocolatero" retumba en los altavoces y yo ya me he rendido: me he quitado los tacones asesinos y voy por ahí descalza, con el bajo del vestido verde arrastrando por el césped y un gin-tonic en la mano que tiene más ginebra que tónica.

—¡Sara, que te pierdes! —se ríe Javi, apareciendo a mi lado con una copa de balón y la corbata ya un poco floja.

—¡Que me quiten lo bailao, ingeniero! —le grito por encima de la música—. Por fin siento que mis dedos de los pies vuelven a la vida.

Nos alejamos de la pista, donde mi tío Paco está intentando hacer el helicóptero con la chaqueta del traje, y buscamos un poco de aire en un rincón apartado del jardín del hotel. El aire de la Sierra es fresco, pero yo tengo un calor interno que no se quita ni con hielo.

Nos apoyamos en una murete de piedra, bajo la luz de unos farolillos que cuelgan de los árboles. La "chispa" del alcohol me ha quitado el filtro que normalmente separa mi cerebro de mi lengua, y me quedo mirándolo. Javi está apoyado con un brazo sobre la piedra, mirándome con una intensidad que me hace sentir más viva que nunca.

—¿Sabes qué? —suelto, dándole un sorbo a mi copa—. He ido a mil bodas, Javi. Mil. Y siempre me siento como si fuera la atracción de feria, la "pobre soltera". Pero hoy... hoy no.

—Me alegra oír eso, Sara —dice él, acortando un poco la distancia.

—No, es en serio. Nunca me había sentido tan segura con un hombre. Ni tan... no sé, protegida. —Doy un paso hacia él, invadiendo su espacio personal sin ningún pudor—. Y esas manos tuyas... —Bajo la vista a su cintura—. Cuando me agarrabas en el

baile, Javi... de verdad, ha sido lo mejor de toda la puñetera boda. Le dan la vida a mis curvas.

Javi deja su copa sobre el muro. Su expresión cambia, se vuelve seria, casi hambrienta. Da un paso más y me acorrala suavemente contra la piedra. Siento el frío de la roca en mi espalda y el calor abrasador de su cuerpo frente al mío.

—No es el gin-tonic el que habla, ¿verdad? —susurra, poniendo una mano en mi mejilla y la otra, de nuevo, en mi cintura, atrayéndome hacia él.

—No. Es la verdad sin filtros —respondo, mirándole directamente a los labios.

Se inclina. Yo cierro los ojos, sintiendo cómo su respiración se mezcla con la mía. Estamos a milímetros. Puedo sentir el roce de sus labios a punto de estallar contra los míos, el momento que llevo esperando desde hace cinco veranos...

—¡SARAAAAAA! ¡NIÑA! ¡QUE VAN A TIRAR EL RAMO Y TÚ ERES LA PRIMERA EN LA FILA!

El grito de la tía Paqui corta el aire como una sirena de niebla. Me separo de Javi de un salto, con el corazón en la boca y la cara como un tomate.

—¡VAMOS, QUE ESTA VEZ SÍ QUE TE TOCA! —insiste mi tía, apareciendo entre los arbustos como un comando militar.

Miro a Javi. Él se pasa una mano por el pelo, frustrado, pero con una sonrisa ladeada que me dice que esto no ha terminado aquí.

CAPÍTULO 14: RESACA Y VERDADES A MEDIAS

Despertar en la Sierra tiene una banda sonora idílica de pajaritos cantando, pero en mi cabeza lo que suena es una banda de tambores de Semana Santa en pleno ensayo. Abro un ojo, con cuidado de que no se me caiga la retina al suelo, y tardo exactamente tres segundos en darme cuenta de que el peso que noto sobre mi cadera no es el edredón del hotel.

Es una pierna. Una pierna pesada, cálida y decididamente masculina.

No me he movido del sitio. Al contrario, estoy incrustada en el costado de Javi. Mi cara está hundida en el hueco de su cuello, mi brazo rodea su cintura y nuestras piernas están entrelazadas formando un nudo que ni un marinero sabría deshacer. Huele a él, a esa mezcla de jabón y piel que me vuelve loca, y el calor que desprende es tan reconfortante que, por un segundo, mi cerebro se olvida de que estamos en una misión de falso noviazgo.

Es el momento más íntimo que he tenido nunca. Ni siquiera con mis ex me he sentido así de… encajada. Como si fuera la pieza del puzzle que por fin encuentra su sitio.

Javi suelta un suspiro profundo en sueños y me aprieta un poco más contra él. Su mano, dormida, descansa en la curva de mi espalda baja. Me quedo quieta, conteniendo el aliento, disfrutando de ese oasis de paz antes de que el sentido común decida despertarse y arruinarlo todo.

Y entonces, el sentido común llega. Y viene con mala leche.

«¿Pero qué haces, Sara?», me grita mi voz interior. «¿Has olvidado que esto es un trato? ¿Que ayer bebiste tres gin-tonics y casi le confiesas tus pecados a la tía Paqui?».

El pánico me recorre la columna como una descarga eléctrica. Con una agilidad que no sabía que tenía con resaca, me escurro de sus brazos y me levanto de la cama de un salto, tropezando con mis propias sandalias que quedaron tiradas por el suelo.

— ¿Sara? —la voz de Javi suena ronca, pastosa de sueño. Se incorpora lentamente, frotándose la cara, y me mira con esos ojos

miel que parecen leer hasta mi código genético.

— ¡Hola! ¡Buenos días! ¡Vaya noche, eh! —suelto a toda velocidad, intentando encontrar mi ropa—. Madre mía, la barra libre… creo que me sentó mal algo. No sé si fue la tónica o el queso del cóctel, pero estoy fatal.

—Sara, para un segundo —dice él, sentándose en el borde de la cama, completamente ajeno a que está medio desnudo y me está dificultando mucho la tarea de pensar con claridad.

—No, no, si estoy bien. Solo que tenemos que irnos ya, ¿no? No quiero que nos pille el tráfico de vuelta a Madrid. ¡Y tengo que editar las fotos! Un jaleo, de verdad. Lo de anoche… bueno, ya sabes, las copas, la música… se nos fue un poco el personaje de las manos. ¡Qué buenos actores somos, eh!

Javi se queda callado. Su mirada cambia de la confusión a una tristeza silenciosa que me atraviesa el pecho. Sabe perfectamente lo que estoy haciendo. Sabe que estoy construyendo un muro de cemento armado para no admitir que lo que pasó en ese jardín, y lo que ha pasado en esta cama, no tiene nada que ver con el alcohol ni con el contrato.

—Sí, claro —dice él con un tono plano, levantándose para ir al baño—. Unos Oscar nos tendrían que dar.

El viaje de vuelta a Malasaña es un desierto de silencios incómodos y música demasiado alta para evitar hablar. Nos despedimos en el rellano, entre la puerta A y la puerta B, con una sensación extraña que se nos pega a la piel.

El contrato ha cambiado. Las reglas han saltado por los aires y ninguno de los dos se atreve a decir que este jaleo ya no tiene solución.

CAPÍTULO 15: OPERACIÓN «QUE NO SE NOTE»

Madrid en agosto es un horno, pero mi piso en Malasaña hoy parece una cámara frigorífica. O quizá es que soy yo la que se ha quedado congelada desde que volvimos de la Sierra. He pasado las últimas cuarenta y ocho horas aplicando la técnica del avestruz: cabeza bajo tierra, culo en pompa y fingir que lo de la cama compartida en «La Encina Coqueta» fue un espejismo producto de la falta de oxígeno en la montaña.

—Solo fue un roce, Sara. Un roce accidental entre dos personas que… bueno, que tienen piel —me digo mientras me echo corrector en las ojeras—. Ni que te hubiera pedido matrimonio en el pico de Peñalara.

Pero el espejo no miente, y mis ojeras dicen que he pasado más tiempo pensando en los bóxers de Javi que en el balance de blancos de mis últimas fotos.

Hemos quedado para tomar un café rápido en la calle del Pez. «Algo profesional», me he repetido mil veces mientras elegía una camiseta ancha para que no se me marcara ni un pensamiento. El problema es que Malasaña es muy pequeña cuando intentas huir de la tensión sexual más grande de tu vida.

Llego a la cafetería y allí está él, sentado en una de esas mesas altas de madera, con una camiseta negra que le queda de escándalo y mirando el móvil. Cuando me ve entrar, se le dibuja esa media sonrisa de «sé perfectamente lo que estás haciendo» que me pone de los nervios.

—Hola, vecina. Sobreviviste al lunes, por lo que veo —dice, apartando la silla para mí.

—Sobreviví, sí. Un jaleo de locos en el estudio. Miles de fotos que editar, clientes pesados… ya sabes, la vida de la autónoma —suelto a toda pastilla, antes siquiera de sentarme—. De hecho, deberíamos hablar de la siguiente boda, la de mi primo Alberto en el Casino de Madrid. Va a ser muy pija, Javi. Postureo máximo. Tenemos que cuadrar bien los horarios y…

—Sara —me corta él, dejando su taza de café en la mesa con una parsimonia que me saca de quicio.

—¿Qué?

—Respira. No estamos en una reunión de accionistas. Estamos tomando un café.

Me quedo callada, con el corazón dándome patadas. Intento ser «solo amigos» de nuevo. El Javi de siempre, la Sara de siempre. Pero el aire entre los dos pesa una tonelada. Intento centrarme en el ruido de la cafetera, en la gente que pasa por la calle, en cualquier cosa que no sea el hecho de que tengo sus rodillas a diez centímetros de las mías.

Hablamos de tonterías un rato, pero yo no paro de parlotear sobre el trabajo para evitar cualquier silencio que nos obligue a recordar el jardín de la Sierra o el beso interrumpido por la tía Paqui. Javi me escucha, asiente y me mira con una paciencia infinita, como si estuviera esperando a que se me acabe la cuerda.

Llega el momento de irnos. Al pagar la cuenta, nuestras manos se rozan sobre el mostrador al recoger las vueltas. Es un segundo, un contacto mínimo de piel contra piel, pero el chispazo es tan eléctrico que casi suelto un grito. Retiro la mano como si me hubiera quemado con el vapor de la leche.

—Nos vemos luego en el rellano, ¿no? —dice él con un tono que no sé si es burla o resignación.

—Sí, claro. Lo dicho, te paso el cronograma por WhatsApp —respondo mientras salgo disparada hacia mi portal.

Subo las escaleras de dos en dos, entro en mi piso y me apoyo contra la puerta, cerrando los ojos con fuerza. Noto el pulso acelerado en el cuello y el calor subiéndome por la cara.

—Si esto es ser solo amigos, yo soy la Reina de Inglaterra —susurro al salón vacío—. Menudo jaleo tengo encima.

CAPÍTULO 16: EL ZOOM DE MARTINA

Si hay algo más peligroso que una faja con ganas de libertad, es una tarde de café y dónuts con Martina y Bea cuando intentas ocultarles un secreto. He ido a «La Pecadora» —el café donde nos reunimos siempre— convencida de que podría mantener el tipo, pero Martina me ha clavado su mirada de publicista nada más cruzar la puerta y he sabido que estaba vendida.

—Tira de la lengua, Sara —suelta Martina, plantando sobre la mesa una caja de dónuts artesanos de Bea que huelen a gloria bendita—. Estás más distraída que un pulpo en un garaje. Llevas diez minutos removiendo el café y ni siquiera le has dado un sorbo.

—Es el estrés de la boda del Casino, tía. El postureo de Madrid me agota —miento, mientras me meto un trozo de dónut de chocolate blanco en la boca para no tener que hablar.

—Ya, y yo soy influencer de nutrición —ironiza Martina, cruzándose de brazos—. Cuéntanos qué pasó en la Sierra. ¿Hubo "acercamiento de posturas" o no?

Bea me mira con esa dulzura suya que te desarma más que cualquier interrogatorio de la CIA. Me pone una mano en el brazo y suspira.

—Sarita, te conocemos. Tienes esa cara de "he cometido un error pero me ha encantado" que no te quita nadie.

Al final, la presión del azúcar y la lealtad terminan por romper el dique.

—Vale, ¡está bien! —suelto, dejando caer la cuchara—. Javi es un arma de destrucción masiva. Lo de la suite fue... complicado. Salir del baño y encontrarte a ese hombre solo en bóxers debería estar tipificado en el Código Penal. Tiene un cuerpo que no se explica solo con planos de ingeniería, chicas. Se nota que sabe dónde poner el peso... en los planos, digo.

Martina suelta una carcajada que hace que se gire hasta el camarero.

—¡Lo sabía! Sabía que el ingeniero tenía truco —dice Martina frotándose las manos.

—Pero ten cuidado, Sara —me advierte Bea, con tono de hermana mayor—. Javi no es de los que juegan. Es el mejor amigo de tu hermano, os conocéis de siempre. Si estás jugando con fuego para salir del paso con tu familia, podrías terminar quemándote tú... y quemándolo a él. Javi es de los que se enamoran de verdad, de los que se quedan. ¿Estás preparada para eso?

Me quedo en silencio, mirando el agujero de mi dónut como si fuera un portal a otra dimensión. Esa es la pregunta del millón. ¿Quiero un novio de alquiler o me da miedo que Javi sea el dueño del edificio entero?

Martina se inclina sobre la mesa, ajustándose las gafas como si estuviera analizando un brief de campaña, y sentencia con una seguridad que me hiela la sangre:

—Tía, déjate de historias. Ese chico no te está mirando el enfoque de la cámara cuando trabajas. Te mira como si fueras el último vaso de agua en el desierto después de una travesía de cuarenta días. Y tú... tú estás pillada hasta las trancas aunque te empeñes en decir que es solo un trato.

Me apoyo en el respaldo de la silla, sintiendo que el dónut se me hace bola. El zoom de Martina ha enfocado justo en el centro de mi miedo: que esto ya no es una comedia romántica de mentira, sino un jaleo de los que te cambian la vida.

CAPÍTULO 17: JAVI NO ES SOLO UN INGENIERO

Hay algo en una oficina técnica que me pone los pelos de punta, y no es precisamente el olor a papel recién impreso o el ruido de los trazadores. Es ver a Javi en su hábitat natural. He venido a su estudio en el Barrio de Salamanca para cumplir mi parte del trato —las fotos para su nuevo proyecto de rehabilitación— y creo que he cometido un error de cálculo táctico.

Yo pensaba que el Javi sexy era el de los bóxers en la Sierra. Me equivocaba. El Javi con gafas de ver, camisa azul de rayas con las mangas remangadas y un plano de tres metros desplegado sobre una mesa de cristal es, directamente, ilegal.

—No, mira, el refuerzo estructural tiene que ir aquí porque el forjado original no aguanta la carga —le explica a dos ayudantes con una voz firme, segura, de esas que no admiten réplica pero que invitan a seguirle hasta el fin del mundo.

Me quedo quieta, con la cámara colgada al cuello, observándolo a través del visor. Javi gesticula, señala detalles técnicos y manda con una autoridad natural que me deja muerta. Siempre lo he visto como «el amigo de mi hermano» o «el vecino cachondo», pero ver al Javi profesional, al tío con éxito que lidera un equipo, me está removiendo cosas por dentro que no sabía ni que tenía.

—¿Qué pasa, Sara? ¿Te gusta lo que ves o es que he enfocado mal el plano? —suelta de repente, sin mirarme, pero con esa sonrisa de lado que sabe que me descoloca.

Mis ayudantes se ríen y yo me pongo roja como un tomate.

—Solo estoy buscando el ángulo, ingeniero. Menos humos —le suelto, intentando recuperar mi dignidad mientras disparo una ráfaga de fotos.

Pero la verdad es que mi voz interior está gritando como una fan en un concierto de Harry Styles. Su intelecto es tan sexy como sus hombros. La forma en que resuelve problemas, su seguridad… me pone a mil. Él nota mi mirada —porque Javi siempre lo nota todo— y me dedica un guiño rápido, cómplice, que casi hace que se me escape la Nikon de las manos.

Al terminar la jornada, los ayudantes se marchan y nos quedamos solos en el estudio. La luz del atardecer madrileño entra por los ventanales, tiñéndolo todo de dorado. Estoy repasando las tomas en la pequeña pantalla de la cámara cuando noto su presencia.

Javi se acerca por detrás. No dice nada, simplemente se sitúa a mi espalda para ver la foto sobre mi hombro. Puedo sentir el calor de su pecho rozando ligeramente mi espalda y, de nuevo, ese aroma a éxito y a madera que me nubla el juicio.

—Esta es buena —susurra.

Su aliento me da de lleno en el cuello, justo en ese punto sensible donde nacen los escalofríos. Noto cómo sus dedos rozan mi brazo para señalar un detalle de la iluminación en la pantalla. En ese momento, se me olvida cómo se respira, cómo se enfoca y hasta cómo me llamo. El aire en el estudio se vuelve denso, pesado, y el jaleo que tengo en la cabeza empieza a sonar a música de boda… de la nuestra.

CAPÍTULO 18: ENCUENTRO CON LA EX DE JAVI

El Casino de Madrid es el templo del postureo: lámparas de cristal de tres pisos, alfombras que te llegan por el tobillo y camareros con guantes blancos. Yo voy embutida en un vestido de encaje azul noche que me hace sentir como una diva italiana, pero entonces, entre la multitud de invitados de la boda de mi primo Alberto, aparece ella.

Elena.

Es el estereotipo de chica que te hace cuestionarte por qué te has cenado un dónut de Bea esta tarde. Es alta, rubia de peluquería cara y lleva una talla treinta y seis de esas que parecen vivir a base de aire y agua con limón. Se mueve con una elegancia pija que me hace sentir, de repente, demasiado "rotunda", demasiado ancha, demasiado... Sara.

—¿Javi? ¡No me lo puedo creer! —suelta ella con una voz de seda mientras se acerca a nosotros—. Estás increíble, como siempre.

Se saludan con dos besos de esos que apenas rozan la mejilla, pero que a mí me queman en el alma. Elena me lanza una mirada rápida, de esas que te escanean de arriba abajo en un milisegundo, y me dedica una sonrisa de compromiso que me hace sentir como un accesorio de segunda mano.

—Elena, te presento a Sara, mi novia —dice Javi con una calma que me asombra.

—Encantada, Sara. Un placer —dice ella, aunque sus ojos dicen claramente: "¿En serio, Javi?".

Hablamos dos minutos de cortesía y Elena se aleja hacia la barra libre con el paso de una gacela. Yo me quedo mirando mi copa, sintiéndome pequeña por primera vez en toda la noche. Por un segundo, el fantasma de la inseguridad me susurra que un hombre como Javi, un ingeniero de éxito, debería estar con alguien como Elena, no con una fotógrafa de barrio con curvas peligrosas y la lengua demasiado larga.

Javi, que me lee el pensamiento como si tuviera un escáner, ni se inmuta. En cuanto Elena desaparece entre los invitados, me rodea la

cintura con su mano grande y me pega a él sin ninguna vergüenza, delante de todo el Casino.

—¿Te has quedado muda, vecina? Eso sí que es una novedad —me susurra al oído.

—No sé, Javi... es muy guapa —suelto, odiándome por ser tan transparente.

Él me aprieta un poco más, hundiendo los dedos en mi cintura con una firmeza que me devuelve el pulso.

—Escúchame bien, Sara. Prefiero mil veces donde hay donde agarrar que un catálogo de muebles, no te quepa la menor duda. A mí me gustan las mujeres de verdad, las que tienen alma y... curvas que quitan el hipo. Como tú.

Me mira a los ojos con una intensidad que me hace recuperar la seguridad de golpe. Me siento una diosa de nuevo, pero el aguijón de los celos ya ha hecho su trabajo. Me doy cuenta de que no me ha molestado que Elena fuera guapa; me ha molestado que pudiera tener algún derecho sobre él.

Y eso, en mi idioma, se llama estar pillada hasta las trancas.

CAPÍTULO 19: UN ENSAYO MUY REAL

La casa de Javi es peligrosamente acogedora. Tiene ese orden de soltero interesante, con libros de arquitectura, una iluminación indirecta perfecta y ese olor a madera y bergamota que me hace querer colgar el bolso y no irme nunca.

Estamos sentados en su sofá de cuero color tabaco, con una serie de fondo que ninguno de los dos está procesando. Mañana es la boda en la azotea de Gran Vía, el evento del año para el postureo madrileño, y la excusa oficial para estar aquí es «repasar la logística». Pero la logística me importa un bledo cuando noto que el aire acondicionado no es suficiente para enfriar lo que está pasando en este salón.

—A ver, Sara —dice él, dejando su copa de vino en la mesa con una parsimonia que me pone de los nervios—. Mañana va a estar todo el mundo. Mi competencia, antiguos clientes, gente que me conoce de hace mil años. Si queremos que se crean que somos la pareja del siglo, tenemos que parecer... naturales.

—¿Naturales? —repito, intentando que no se note que el pulso me va a mil—. Si ya parecemos naturales. Te sirvo vino, me apartas la silla, nos reímos... somos unos profesionales del engaño.

—No es suficiente —sentencia él, girándose hacia mí. Sus rodillas rozan las mías y el mundo se detiene—. Nos faltan las muestras de cariño espontáneas. Esas que solo ocurren cuando dos personas no pueden dejar de tocarse. Deberíamos... practicar.

Antes de que pueda soltar alguna broma sarcástica para protegerme, Javi alarga la mano. Empieza con una caricia suave en el antebrazo, una línea de fuego que me recorre hasta el hombro. Luego, sus dedos suben por mi cuello, rodeando la nuca, mientras su pulgar delinea la línea de mi mandíbula.

—Esto es lo que haría si estuviéramos en la barra libre —susurra, inclinándose tanto que su aliento cálido me acaricia los labios.

Se me corta la respiración. Ya no hay rastro de la Sara irónica y segura de sí misma. Solo queda la Sara que lleva cinco años

soñando con este momento. Me giro hacia él, eliminando los últimos milímetros de distancia, y la cosa se va de las manos en un segundo.

Javi me besa. Y no es un beso de "ensayo". Es un beso de verdad, de los que saben a deseo acumulado, a frustración de años y a una necesidad física que me hace soltar un gemido contra su boca. Sus manos, esas manos grandes de las que estoy enamorada, se hunden en mi cintura, apretando mis curvas con una posesividad que me vuelve loca. Me atrae hacia él hasta que estoy sentada en su regazo, notando cómo su corazón galopa al mismo ritmo que el mío.

Sus labios bajan por mi cuello mientras yo enredo mis dedos en su pelo, tirando de él con urgencia. Mi camiseta está a medio camino de salir volando y noto el calor de su piel contra la mía cuando su mano se desliza bajo la tela. El sofá se nos queda pequeño, el mundo exterior desaparece y el jaleo que tengo en la cabeza es ya un incendio incontrolable.

De repente, Javi se detiene. Apoya su frente contra la mía, respirando como si acabara de correr una maratón. Sus ojos están oscurecidos, cargados de una intensidad que me hace temblar.

—Sara... —su voz suena rota, profunda—. Si seguimos un paso más, mañana no vamos a ir a ninguna azotea en Gran Vía. Nos vamos a quedar aquí encerrados, tú y yo, hasta que se acabe el mundo.

Me mira fijamente, esperando. Sus manos siguen quemándome las caderas, recordándome que esto ya no tiene nada que ver con un trato.

—Tú decides, vecina. ¿Paramos ahora o mandamos la boda de mañana a la mierda?

CAPÍTULO 20: BODA EN UNA AZOTEA DE GRAN VÍA

Si existe un epicentro del postureo en este país, es una azotea en la Gran Vía un sábado de septiembre. El edificio Metrópolis brilla al fondo como si supiera que es el protagonista de todas las fotos, el aire huele a perfume caro y a ginebra premium, y el nivel de "glamour" por metro cuadrado es tan alto que me da miedo que me explote la cámara en las manos.

Yo estoy en modo guerrera. Llevo mi vestido negro de "combate" (elegante pero con bolsillos), mis zapatillas negras discretas y el arnés con las dos cámaras cruzadas sobre el pecho. Hoy no soy la invitada, soy la fotógrafa oficial de la boda de unos amigos de Javi, y tengo que demostrar que mi talento está a la altura de este escenario.

Pero hay una novedad en el set: Javi.

Normalmente, los novios o amigos suelen estorbar más que ayudar, pero Javi se ha convertido en mi sombra de la forma más eficiente posible. Se ha remangado la camisa del traje y se mueve a mi alrededor con una discreción que me asombra.

—Luz de relleno a la izquierda, jefa —me susurra, sosteniendo el panel LED justo donde lo necesito para que el contraluz del atardecer no queme la cara de la novia.

—Perfecto —respondo, disparando una ráfaga—. Pásame el 85mm, está en el compartimento lateral.

Él me lo entrega antes de que termine de pedírselo. No solo eso: me trae agua sin que yo sepa que tengo sed, me quita con una caricia suave un mechón de pelo que se me ha quedado pegado al labio por el brillo y, sobre todo, me mira con un orgullo que me hace sentir que soy Annie Leibovitz en el Madison Square Garden.

—Hacéis una pareja de revista, de verdad —nos dice la madre de la novia mientras les hago un retrato familiar—. No solo sois guapos, es que parece que os leéis el pensamiento. Qué suerte haberos encontrado.

Javi me pasa el brazo por los hombros y me da un beso rápido en la sien, tan natural que me deja descolocada.

—La suerte es mía, Carmen —responde él con una sinceridad que me pone la piel de gallina.

A medida que avanza la noche, me doy cuenta de algo que me da más miedo que una tarjeta de memoria corrupta. Funcionamos. Él es el apoyo que nunca supe que necesitaba y yo soy el talento que él admira sin reservas. No somos solo un contrato; somos el equipo perfecto.

Entre disparo y disparo de flash, mientras busco el siguiente encuadre perfecto entre los invitados, mi mirada siempre acaba volviendo a él. Lo veo hablando con un grupo de empresarios, luciendo impecable, pero buscándome con la vista cada pocos segundos para asegurarse de que estoy bien.

En ese momento, con las luces de Madrid a nuestros pies, la verdad me golpea con la fuerza de un foco de mil vatios: ya no estoy fingiendo. Ni un poco. Me gusta que sea mi "falso novio", me gusta que sea mi asistente improvisado y me gusta él. Posiblemente más que nada en el mundo.

CAPÍTULO 21: BESO BAJO EL CIELO DE MADRID

He guardado el último objetivo en la mochila y he puesto la tapa a la lente, pero mi corazón sigue disparando ráfagas a una velocidad que ninguna cámara podría captar. La boda en la azotea está en su punto álgido, pero para mí, el mundo ha bajado el volumen.

Javi me agarra de la mano y me guía lejos de la pista, esquivando bandejas de catering y brindis eufóricos, hasta que llegamos a un rincón apartado de la terraza. Aquí arriba, el aire de Madrid es más fresco y la música de DJ suena como un eco lejano. Tenemos la ciudad a nuestros pies: una alfombra de luces doradas, el tráfico de la Gran Vía fluyendo como lava y el cielo de un azul tan oscuro que parece terciopelo.

—Por fin solos —dice Javi, soltando un suspiro que parece llevar contenido toda la noche.

Me apoyo en la barandilla de cristal, sintiendo el frío del metal en mis manos calientes. Javi no se queda lejos. Se sitúa frente a mí, acorralándome suavemente contra el borde de la azotea, cerrando cualquier vía de escape que no sea él.

—Has estado increíble hoy, Sara. Ver trabajar a una mujer que ama lo que hace es... —me recorre con la mirada, y juro que el neón del cartel de Schweppes que brilla a lo lejos no es nada comparado con la luz de sus ojos—. Estás preciosa. Esas curvas tuyas, bajo estas luces, son lo más bonito que he visto en todo Madrid. Y he visto muchos edificios bonitos, créeme.

Me río con nerviosismo, pero él no se ríe. Me pone las manos en la cintura, atrayéndome hacia él con esa fuerza tranquila que me desarmó desde el primer día. Su cercanía me quita el aire, me nubla el juicio y hace que la faja (que hoy milagrosamente no me molesta) pase a ser lo último en mi lista de preocupaciones.

—Javi... —susurro, pero no puedo decir nada más porque sus labios ya están sobre los míos.

Es un beso con hambre. Un beso que sabe a todo lo que no nos dijimos en el sofá ayer, a todas las veces que nos miramos de reojo estos cinco años y a la pasión que ya no hay forma humana de

frenar. Sus manos bajan por mis caderas, reconociendo mi cuerpo como si fuera su plano favorito, y yo me aferro a sus hombros, hundiendo mis dedos en la tela de su americana.

Madrid brilla a nuestro alrededor, pero yo solo siento el calor de su boca y la urgencia de su cuerpo contra el mío. Es real. Tan real que duele.

Javi se separa apenas unos milímetros, lo justo para que nuestras respiraciones se mezclen, y me sujeta la cara con ambas manos. Su mirada es tan intensa que me obliga a ver la verdad que tanto me asusta.

—Sara, mírame —me dice con una voz ronca, cargada de una vulnerabilidad que no le conocía—. Dime que esto ya no es por el contrato. Dime que no estoy solo en esto. Dímelo.

Me quedo paralizada, con los labios todavía ardiendo por su beso. El contrato ha muerto bajo el cielo de Madrid, pero admitirlo significa que el jaleo acaba de volverse permanente.

CAPÍTULO 22: CHAT: EMERGENCIA EN EL PARAÍSO

Entro en mi piso a las cuatro de la mañana con el sigilo de un ladrón, aunque soy la única que vive aquí. Tiro las llaves en el mueble de la entrada y me quedo quieta en la oscuridad, escuchando el silencio de Malasaña, que a esta hora es solo un murmullo lejano de barrenderos y algún rezagado.

Me miro en el espejo del pasillo y lo que veo me asusta. No es solo que tenga el pelo deshecho por el viento de la azotea y las manos de Javi; es que tengo los labios hinchados, el rímel ligeramente corrido y una mirada que no reconozco. Es la mirada de alguien que acaba de saltar al vacío sin red.

Me tiemblan las manos mientras saco el móvil. Necesito soltarlo o voy a estallar.

Chat: Las Pecadoras de Malasaña

Sara: Chicas, SOS. Emergencia nacional.

Martina: (A los tres segundos) ¡Sabía que seguías viva! Cuenta. ¿Ha habido boda o ha habido "boda"?

Bea: Sara, son las cuatro... ¿Estás bien?

Sara: No, no estoy bien. He metido la pata hasta el fondo. Pero hasta el fondo de verdad.

Sara: Me he enamorado de Javi. No es el contrato, no es el gin-tonic, no es que el traje le quede como a un dios. Es él. Todo él. Y ahora no sé cómo salir de este jaleo sin que se me rompa el corazón en mil pedazos.

Sara: En la azotea me ha pedido la verdad. Me ha preguntado si esto seguía siendo por el trato... y me he quedado muda. He huido como una cobarde.

Martina: ¡Pero tía! ¿Cómo que te has quedado muda? ¡Si te lo ha puesto en bandeja de plata!

Bea: Martina, déjala. Sara, es normal que tengas miedo. El fake dating era seguro, la realidad no lo es. Pero no puedes huir siempre.

Sara: El problema es que si esto no sale bien, pierdo a mi mejor amigo, a mi vecino y la poca dignidad que me queda. El jaleo se ha

vuelto una realidad de locos y no tengo el manual de instrucciones.

Apago el móvil sin esperar la respuesta de Martina, que seguramente incluirá varios emojis de berenjenas y muchas mayúsculas. Lo tiro sobre la colcha y me dejo caer en la cama, todavía con el vestido de la boda puesto.

Ojalá fuera tan fácil apagar el miedo como apagar una pantalla. El contrato se ha convertido en papel mojado y ahora estoy aquí, a oscuras, dándome cuenta de que mi mayor éxito profesional —haber fingido ser su novia— ha sido mi mayor fracaso personal: terminar queriendo que lo fuera de verdad.

CAPÍTULO 23: EL MIEDO ES UN DESENFOQUE

Dicen que los fotógrafos vemos el mundo a través de un visor para mantener la distancia, para que la realidad no nos salpique. Pues bien, yo me he puesto el traje de neopreno mental y he cerrado todas las escotillas. Tras el beso en la azotea, mi cerebro ha entrado en modo "supervivencia" y mi mecanismo de defensa favorito ha hecho acto de presencia: la frialdad absoluta.

Llevo tres días aplicando la ley del hielo. Javi me escribe y yo le contesto con monosílabos que harían parecer a un telegrama una novela de Vargas Llosa.

Javi: ¿Cómo va el domingo, vecina? ¿Bajamos a por un pincho de tortilla al Pez? Sara: Imposible. Curro. Javi: ¿Estás bien? Lo de ayer... Sara: Mucho jaleo editando. Hablamos.

Miento. Bueno, a medias. Tengo miles de fotos que editar, pero cada vez que abro el archivo de la boda de la Gran Vía y aparece su cara en alta resolución, siento que me falta el aire. Me convenzo a mí misma de que lo de la azotea fue un error de cálculo, un exceso de nitrógeno o que Javi, simplemente, se dejó llevar por el postureo del momento.

«Si te enamoras, Sara, se acabó», me repito mientras corrijo el color de una foto de la novia. «Adiós a la chica dura de Malasaña, hola a la versión cursi que depende de que un tío le dé los buenos días. Perderás tu esencia, tu libertad y ese caos que tanto te ha costado ordenar».

El miedo es un desenfoque artístico que me impide ver que lo que tengo delante es, posiblemente, lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero prefiero vivir en la borrosidad que arriesgarme a que me rompan el corazón en 4K.

El martes por la mañana, intento salir del portal con el sigilo de un ninja para ir al estudio. Gafas de sol de tres pisos, auriculares puestos (aunque no suena nada) y paso ligero. Pero la suerte no está de mi parte.

Javi está apoyado en su moto, justo en la acera de enfrente. En cuanto me ve, se cruza de brazos. No lleva el traje de ingeniero ni el

bóxer de infarto; lleva una sudadera gris y el pelo un poco alborotado, y aun así me tiemblan las piernas.

—Hola, Sara —dice, bloqueándome el paso con una calma que me aterra.

—¡Ostras, Javi! Qué susto. No te había visto, voy con una prisa loca, tengo una entrega en diez minutos y el cliente es un ogro... —suelto la retahíla de mentiras sin mirarle a los ojos, ajustándome la mochila de la cámara.

—Sara, mírame —me pide. Su voz no es enfadada, es algo peor: es decepción pura—. Llevas tres días huyendo. ¿Tan poco confías en mí? ¿O es que te da pánico que lo de la azotea no fuera un "jaleo" más?

—Fue el alcohol, Javi. Y el cansancio. No le des más vueltas —digo, forzando una sonrisa profesional que me sale fatal.

Él me mira durante un segundo que se hace eterno. Sus ojos miel, que siempre brillan cuando me ven, están apagados. Asiente despacio, se pone el casco y arranca la moto sin decir una palabra más. Esa mirada de cansancio, de alguien que se está rindiendo de intentar entrar en un sitio donde no le abren la puerta, me duele más que si me hubiera gritado.

Me quedo plantada en mitad de la calle del Pez, con el nudo en el estómago apretándose un poco más. He ganado: he mantenido mi distancia. Pero, por alguna razón, me siento como si acabara de perderlo todo.

CAPÍTULO 24: JAVI PLANTA CARA

Estoy en el salón, rodeada de discos duros y tazas de café frío, intentando concentrarme en un reportaje de comunión que me importa lo mismo que la cría del caracol en cautividad. De repente, alguien aporrea mi puerta. No es un picoteo de cortesía; es el sonido de alguien que viene a pedir cuentas.

Abro y ahí está él. Javi. Todavía lleva la chaqueta de la moto en la mano y una expresión que dice claramente que se le ha acabado la paciencia. Entra en mi piso sin pedir permiso, llenando el espacio con esa energía arrolladora que siempre me descoloca.

—Se acabó, Sara —suelta, plantándose en mitad de mi alfombra de peluche—. Se acabó el escondite, los monosílabos por WhatsApp y las excusas de «mucho curro». No soy un muñeco que sacas de la caja para tus simulacros familiares y luego guardas cuando te da miedo lo que sientes.

—Javi, por favor, baja la voz... —intento decir, cerrando la puerta con prisas—. Es que ha sido una semana intensa, y el contrato decía claramente que...

—¡Al cuerno el contrato! —me corta, dando un paso hacia mí. Sus ojos miel echan chispas—. Los contratos tienen cláusulas, fechas de entrega y penalizaciones. Los contratos no incluyen besos que te dejan sin aliento en una azotea. Los contratos no incluyen dormir abrazados sintiendo que el mundo se detiene. Eso no se firma, Sara. Eso se siente.

—¡Pues quizá yo no quería sentirlo! —le grito, perdiendo los papeles por fin—. Esto era un trato profesional para que mi familia me dejara en paz. Tú me ayudabas con las bodas y yo te hacía las fotos. ¡Punto!

—¿Ah, sí? ¿Solo un punto? —Javi se ríe, pero es una risa amarga que me escuece—. Pues si solo es un punto, dime que no sentiste nada en la Sierra. Dime que cuando te toco, solo estás pensando en el balance de blancos de tu cámara. Dímelo a la cara y me largo ahora mismo.

Me quedo muda. Le miro el pecho, que sube y baja con fuerza, y las manos, esas manos que me conocen mejor que yo misma. No puedo decírselo porque sería la mentira más grande de mi vida. Pero el miedo a perder mi independencia, a que él sea el que mande en mis emociones, me tiene paralizada.

Se hace un silencio denso, de esos que pesan más que una cámara réflex con teleobjetivo. Javi me mira durante un largo minuto, esperando una respuesta que no llega, y finalmente suspira con un cansancio que me rompe el alma. Se dirige a la puerta y, antes de salir, se gira con la mano en el pomo.

—Mañana es la tercera boda, la de tu hermano Dani. El "gran final" de tu jaleo —dice con voz plana—. Escúchame bien, Sara: si quieres que vaya, será porque quieres que esté yo. Javier Castro. El tío que está colado por ti. No porque necesites un extra para que tu madre no te dé la brasa. Si me llamas, que sea por lo primero. Si no, búscate a otro para el papel.

La puerta se cierra con un golpe seco que retumba en todo el edificio. Me quedo sola en el salón, con el corazón martilleando contra las costillas y la sensación de que acabo de dejar escapar la mejor oportunidad de mi vida por pura cobardía.

CAPÍTULO 25: EL HERMANO ENTRA EN ESCENA

Si hay algo peor que una ruptura con un "falso novio", es que tu hermano mayor —ese que sabe exactamente qué cara pones cuando mientes— te pille con el carrito del helado. Dani siempre ha sido el pegamento entre Javi y yo, pero hoy parece el detonante de una bomba.

Estamos en el «Bar El Tigre», rodeados de ruido, platos de patatas bravas y cañas mal tiradas. Dani me ha citado allí con una urgencia que me olía a chamusquina, y no ha tardado ni cinco minutos en soltar el bombazo.

—¿Qué narices está pasando entre Javi y tú, Sara? —pregunta, dejando el vaso de cristal sobre la mesa con un golpe seco que hace que los de la mesa de al lado se giren.

—¿De qué hablas? Es mi novio, Dani. Se supone que estás feliz porque por fin he sentado la cabeza —intento decir, pero mi voz suena tan convincente como un billete de seis euros.

—¡Y una mierda! —explota él—. Conozco a Javi desde los seis años. He visto cómo te mira en las bodas, cómo te cuida el equipo, cómo se le pone la cara cuando entras en una habitación. Y te conozco a ti. Sé que esto empezó como un chanchullo para que mamá no te diera el coñazo. He visto vuestro "contrato", Sara. Me lo encontré en el estudio de Javi el otro día.

El mundo se detiene. El ruido del bar desaparece. Siento que la sangre se me retira de la cara.

—Dani, yo... puedo explicarlo. Era solo para salir del paso, para que no me agobiarais más con lo de estar soltera...

—¿Y por eso habéis estado jugando con fuego delante de toda la familia? —Dani está rojo de puro jaleo—. Me siento como un idiota. Mi mejor amigo y mi hermana pequeña usando una mentira para... ¿para qué? Javi está destrozado, Sara. Ayer estuvimos tomando algo y no era capaz ni de mirarme a los ojos por la culpa que siente por mentirme.

La culpa me golpea en el estómago como un tren de mercancías. He metido a la persona que más quiero en medio de mis miedos y

mis estrategias de marketing emocional. He usado a Javi, y en el proceso, he traicionado la confianza de mi hermano.

—Lo siento mucho, de verdad —susurro, sintiendo que las lágrimas me queman los ojos—. Se nos fue de las manos. Empezó como un juego y ahora... ahora es un desastre.

Dani me mira, y su expresión pasa de la rabia a una compasión que me duele mil veces más. Se inclina sobre la mesa y me agarra de la mano, apretándola con fuerza.

—Sara, deja de esconderte detrás de la cámara y de tus frases de chica dura —me dice con una voz que no admite réplicas—. Javi te quiere desde que llevabas aparatos y coletas, tía. Siempre ha estado ahí, esperando a que te dieras cuenta de que el "chico de al lado" era el definitivo. No le rompas el corazón con tus miedos de mierda ahora que por fin lo tienes cerca.

Me quedo muda, con el corazón encogido. Dani se levanta, deja un billete sobre la mesa y se marcha sin mirar atrás, dejándome sola con mis bravas frías y la revelación de que el jaleo no era un contrato de verano, sino la historia de toda una vida que yo me negaba a ver.

CAPÍTULO 26: MALETAS Y LÁGRIMAS

Hacer una maleta debería ser un acto logístico, no un funeral. Pero aquí estoy, tirada en el suelo de mi habitación en Malasaña, mirando un vestido de seda color caldera y preguntándome si tiene sentido ponérmelo si la persona que quiero que me suba la cremallera no me habla.

Mañana es la boda de mi prima Lucía. La última. El "gran final" en una finca perdida de la sierra profunda, de esas donde no hay cobertura pero sí muchos primos preguntando: "¿Y el novio?". El corazón me pesa más que el equipo fotográfico y, por primera vez en mi vida, no tengo ganas de disparar ni una sola foto.

De repente, el móvil vibra sobre la alfombra. Es una videollamada de grupo: «Las Pecadoras».

—¡Sara! Ni se te ocurra poner esa cara de perro apaleado —suelta Martina nada más descolgar. Está en «La Pecadora» y se oye de fondo el ruido de la cafetera de Bea—. Te estamos viendo por la cámara y pareces un anuncio de clínica de estética antes del tratamiento.

—Es que no va a venir, chicas —digo, sintiendo cómo una lágrima traicionera me recorre la mejilla—. Dani me ha abierto los ojos y Javi tiene razón. He sido una cobarde y le he usado. ¿Por qué iba a querer ir a una boda en el quinto pino con una tía que se esconde detrás de un contrato?

Bea se asoma a la pantalla con un dónut de azúcar en la mano, mirándome con esa ternura que solo ella tiene.

—Sara, escúchame bien. Los ingenieros construyen puentes, pero a veces necesitan que alguien cruce primero para saber que son seguros. Ve allí, ponte ese vestido que te hace un culo de infarto y enséñale a ese hombre lo que es una mujer de verdad luchando por lo que quiere. No por el contrato, sino por él.

—¡Exacto! —remata Martina—. Y si no aparece, le haces las fotos a la prima Lucía y te emborrachas con el cortador de jamón, que seguro que tiene conversación. ¡Pero muévete ya!

Me seco las lágrimas con la manga de la sudadera, cierro la maleta de un golpe y me pinto los labios de un rojo tan potente que asustaría al mismísimo Javi. Bajo al garaje con la sensación de que voy directa a un precipicio, pero al menos voy bien peinada.

Meto la maleta en el maletero, me subo al coche y pongo las manos en el volante. Suspiro profundo. Estoy sola. El asiento del copiloto está vacío y el silencio en el coche me grita que he perdido la partida. Justo cuando voy a meter primera y arrancar hacia la sierra, una sombra tapa el cristal de mi ventana.

Doy un salto en el asiento. Es él.

Javi está allí, de pie, con su bolsa de viaje al hombro, la chaqueta de cuero y esa mirada que mezcla el cansancio con algo que solo puede ser esperanza. No dice nada. Simplemente rodea el coche, abre la puerta del copiloto y se sienta, llenando el habitáculo de ese olor a madera y "jaleo" que tanto me gusta.

—¿Te pensabas que te iba a dejar ir sola a la sierra profunda con lo mal que conduces por las curvas? —dice con una media sonrisa, sin mirarme—. Arranca, Sara. Tenemos una boda que terminar.

Me quedo muda, con el motor en marcha y el corazón a doscientas pulsaciones. Javi ha aparecido en el último segundo, y algo me dice que este viaje va a ser el más importante de nuestras vidas.

CAPÍTULO 27: LA TORMENTA DE VERANO

Dicen que en la sierra de Madrid el tiempo cambia en un abrir y cerrar de ojos, pero lo que nos acaba de caer encima no es lluvia, es el fin del mundo. El cielo se ha puesto de un color gris plomo casi negro y, de repente, se ha roto sobre nosotros. Los limpiaparabrisas van a la velocidad del rayo, pero es inútil: no se ve ni a dos metros.

—Javi, no veo nada. Esto es una locura —digo, apretando el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

—Baja la marcha, Sara. Busca un sitio donde parar —responde él con esa voz de ingeniero que mantiene la calma incluso cuando el apocalipsis está llamando a la ventanilla.

Justo cuando intento orillarme en un arcén estrecho rodeado de pinos, un rayo ilumina el bosque con una luz blanca cegadora y un trueno hace vibrar el chasis del coche. De repente, un golpe seco suena en el techo. Una rama enorme, vencida por el viento y el peso del agua, ha caído justo delante de nosotros, bloqueando la carretera secundaria.

Freno en seco. El motor ratea un segundo y se apaga. El silencio que sigue es sepulcral, solo roto por el martilleo ensordecedor de la lluvia golpeando el techo de chapa. Estamos atrapados. En mitad de la nada, con el coche muerto y la sierra rugiendo a nuestro alrededor.

La oscuridad en el habitáculo es total, solo rota por el parpadeo de las luces de emergencia que bañan el interior de un naranja intermitente. La humedad empieza a empañar los cristales, encerrándonos en una burbuja de intimidad forzada que huele a tapicería, a lluvia y al perfume de Javi.

Y entonces, ocurre. Toda la tensión de las últimas semanas, el miedo a perderlo, la culpa por lo de Dani y la presión de la boda nupcial explotan dentro de mí. Empiezo a temblar y, sin poder evitarlo, rompo a llorar. No es un llanto de película, de esos bonitos con una sola lágrima; es un llanto de puro jaleo emocional, de esos que te sacuden los hombros y te dejan sin aire.

—Sara... hey, tranquila. Estamos bien. Solo es una tormenta —dice Javi, soltándose el cinturón de seguridad.

—No es la tormenta, Javi. Soy yo. Soy un desastre —sollozo, escondiendo la cara entre las manos—. Lo he estropeado todo con el contrato, con mi hermano, contigo... He pasado tanto tiempo intentando que nadie me hiciera daño que he terminado haciéndotelo yo a ti.

Siento cómo el asiento del copiloto cruje. Javi se inclina hacia mí, sorteando la palanca de cambios, y me rodea con sus brazos. Me atrae hacia su pecho y yo me hundo en él como si fuera el único refugio seguro en mitad del caos. El calor de su cuerpo es lo único que parece real, lo único sólido en un mundo que se está deshaciendo en agua ahí fuera.

—Lo sé, vecina. Eres un desastre de los grandes —susurra contra mi pelo, y noto cómo me besa la frente mientras me acuna—. Pero eres mi desastre favorito. Y no me voy a ir a ninguna parte, aunque caigan chuzos de punta.

Me quedo ahí, aferrada a su sudadera, escuchando el latido de su corazón compitiendo con el ruido del granizo. En ese coche empañado, rodeados de bosque y lluvia, me doy cuenta de que ya no necesito cámaras, ni contratos, ni excusas. Solo necesito que este momento no se acabe nunca.

CAPÍTULO 28: SIN FILTROS EN EL COCHE

La lluvia sigue castigando el techo del coche, pero dentro el aire ha cambiado. Ya no quema; ahora pesa, cargado de verdades que han tardado cinco años en salir a flote. Estoy apoyada en el pecho de Javi, notando cómo su calor atraviesa mi ropa húmeda, y por primera vez en mi vida, no tengo ganas de soltar un chiste sarcástico para romper el momento.

—¿Por qué aceptaste, Javi? —le pregunto con la voz todavía tomada por el llanto—. Un ingeniero con tu éxito, con tu vida montada... ¿Por qué meterte en este jaleo de fingir ser el novio de la hermana de tu mejor amigo?

Él suelta un suspiro largo y me obliga a separarme un poco para mirarme a los ojos. En la penumbra del coche, su mirada es tan limpia que me asusta.

—Porque era la única forma de que me dejaras entrar, Sara —confiesa, y noto cómo se le tensa la mandíbula—. Llevas años levantando muros, escondiéndote detrás de ese personaje de "chica dura de Malasaña" que no necesita a nadie. Acepté el contrato porque prefería ser tu falso novio que no ser nada en tu vida. Prefería acompañarte a tres bodas insufribles antes que seguir viéndote de lejos, preguntándome cuándo ibas a dejar de verme como al amigo pesado de Dani.

Me quedo helada. No era un favor. No era por la empresa. Era por mí.

—Me daba pánico que me vieras de verdad, Javi —admito, bajando la vista hacia mis manos—. Es agotador intentar ser siempre la tía que pasa de todo. Me aterra que alguien vea mis inseguridades, que se dé cuenta de que mis curvas a veces me pesan más de la cuenta... En un mundo de tallas 36 y chicas perfectas como tu ex Elena, siempre siento que ocupo demasiado espacio, que soy "demasiado" para alguien como tú.

Javi me sujeta la cara con las dos manos, obligándome a sostenerle la mirada. Sus pulgares acarician mis pómulos con una ternura que me desarma.

—Escúchame bien, Sara —su voz es firme, sin un ápice de duda —. Tu espacio es mi rincón favorito del mundo. No quiero una talla 36 que no se ríe con la boca llena o que no tiene el jaleo que tienes tú en la cabeza. Te quiero a ti, con tus cámaras, con tus miedos y con cada centímetro de esas curvas que, según tú, ocupan demasiado. Para mí, ocupan el lugar exacto donde quiero estar.

El corazón me da un vuelco. Se acabó el enfoque, se acabaron los filtros. Ya no hay rastro de la fotógrafa cínica.

—Te quiero, Sara —me susurra contra los labios, acortando la distancia que queda—. Y me importa un pimiento el contrato, las bodas de tu familia y el qué dirán. Solo me importas tú.

Me lanzo a sus labios con una urgencia nueva, una que no nace del juego ni del "postureo", sino de la libertad de saber que, por fin, alguien me está viendo de verdad y no ha salido corriendo. En mitad de una tormenta de verano, en un arcén perdido de la sierra, el contrato acaba de convertirse en cenizas y lo que queda es el incendio más bonito de mi vida.

CAPÍTULO 29: LA RECONCILIACIÓN MÁS ESPERADA

El hostal «El Descanso del Camionero» no ganará ninguna estrella Michelin ni saldrá en las revistas de decoración que lee Javi. Tiene paredes de gotelé, una colcha con un estampado de flores dudosas y un televisor de tubo que probablemente solo sintoniza interferencias. Pero en cuanto Javi cierra la puerta con el pestillo y nos quedamos a solas con el sonido de la tormenta azotando los cristales, este cuarto de veinte metros cuadrados me parece el lugar más lujoso del planeta.

Estamos empapados, tiritando y con la adrenalina todavía disparada. Javi se quita la chaqueta de cuero y me mira. No hay cámaras, no hay tías cotillas, no hay hermanos enfadados. Solo somos nosotros.

—Sara, ven aquí —dice con esa voz grave que hace que mis rodillas se vuelvan de gelatina.

Me acerco y sus manos, calientes y firmes, acunan mi cara. El primer beso sabe a lluvia y a una urgencia que ya no podemos (ni queremos) frenar. Cuando sus labios bajan por mi cuello, suelto un gemido que se pierde en el estruendo de un trueno lejano. Ya no hay rastro de la fotógrafa cínica que temía ocupar demasiado espacio.

Javi me desviste con una lentitud desesperante, como si estuviera desempaquetando el regalo más valioso de su vida. Cuando me quedo frente a él, el aire frío de la habitación me eriza la piel, pero su mirada me quema. Me recorre de arriba abajo, deteniéndose en mis caderas, en la curva de mi vientre, en mis muslos. No hay juicio en sus ojos, solo una adoración cruda que me hace sentir poderosa.

—Eres increíble, Sara. ¿Cómo puedes haber pensado ni un segundo que eres "demasiado"? —susurra, mientras sus manos empiezan a cartografiar mi piel.

Me tumba en la cama y el contacto de su cuerpo contra el mío es el cortocircuito definitivo. Javi no me toca como si fuera de cristal; me toca con hambre, con una pasión real que me obliga a arquear la

espalda y a aferrarme a sus hombros anchos. Sus dedos encuentran cada punto sensible, cada rincón de mi cuerpo que yo misma había aprendido a ignorar, y bajo su tacto, empiezo a ver mis propias curvas como él las ve: como un tesoro, como un mapa lleno de valles y colinas donde él quiere perderse para siempre.

La escena es intensa, ruidosa y maravillosamente imperfecta, como nosotros. Me olvido de la faja, de las tallas y de los miedos. Por primera vez, me suelto del todo, disfrutando de mi propio cuerpo a través de la devoción de sus manos. Javi se mueve conmigo con una sincronía que solo da el habernos deseado durante años en silencio.

Cuando el incendio por fin se calma y solo queda el latido acompasado de nuestros corazones, nos quedamos entrelazados bajo la manta de lana áspera del hostal. El silencio de la sierra ha vuelto, pero dentro de mí todo sigue vibrando.

Me apoyo en su pecho, escuchando cómo recupera el aliento, y cierro los ojos. Javi no me hace sentir pequeña para encajar en su mundo de ingeniero perfecto; me hace sentir infinita, capaz de comerme Madrid entera de un bocado. El contrato ha muerto definitivamente, y lo que ha nacido en este hostal de carretera es el jaleo más real de mi vida.

CAPÍTULO 30: LLEGAR TARDE ES DE ESTRELLAS

Si la entrada en el Casino de Madrid fue puro postureo, nuestra llegada a la finca «Los Pinos Altos» es pura anarquía. Son las tres de la tarde, el banquete de la prima Lucía ya va por el sorbete de limón al cava y nosotros aparecemos por la puerta del salón rústico como si acabáramos de sobrevivir a un naufragio... o a la mejor noche de nuestras vidas.

Llevo el vestido caldera un poco arrugado de haber pasado la noche en la maleta (y de otras cosas), el pelo indomable por la humedad de la sierra y un brillo en los ojos que no se consigue con ningún filtro de Instagram. Javi camina a mi lado, con la camisa remangada, la chaqueta al hombro y una sonrisa de suficiencia que le llega de oreja a oreja.

El estrépito de los cubiertos contra los platos se detiene. Cien cabezas se giran al unísono. Mi madre se lleva la mano al collar de perlas y mi hermano Dani, al vernos, suelta una carcajada silenciosa desde su mesa mientras levanta su copa de vino en señal de victoria.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué horas son estas? —exclama mi tía abuela Encarna desde la otra punta del salón.

—Hemos tenido un pequeño contratiempo con una rama, una tormenta y un hostal de carretera —digo yo, cruzando el salón con la cabeza bien alta, sintiéndome la reina de la sierra profunda.

Nos sentamos en los dos huecos libres de la mesa presidencial (porque Lucía es así de intensa y nos había puesto con los VIP). El murmullo de los invitados sube de tono. «¿Has visto qué pelos trae?», «¿Habrán dormido juntos?», «Menudo jaleo tiene esta familia».

Me da exactamente igual.

Bajo el mantel de lino blanco, Javi busca mi mano. Sus dedos se entrelazan con los míos con una fuerza y una seguridad que me hacen vibrar. Esta vez no hay contrato que valga. No estoy midiendo el tiempo para que parezca creíble, ni estoy fingiendo un roce casual

para que mi madre se calle. Le aprieto la mano y él me responde acercando su silla a la mía hasta que nuestras piernas se tocan.

—Estás radiante, jefa —me susurra al oído, ignorando que el fotógrafo oficial de la boda (un pobre chico que parece estresadísimo) nos está apuntando con el objetivo.

De repente, la sombra de la tía Paqui se proyecta sobre nuestra mesa. Viene con su traje de madrina color pistacho, el bolso de mano apretado contra el pecho y el dedo índice levantado en plan inquisidor.

—¡Vaya horas de llegar, Sara! —sentencia, mirándonos de arriba abajo con una lupa invisible—. Tu madre ha estado a punto de llamar a la Guardia Civil. Espero que la excusa valga la pena, porque nos hemos perdido el cóctel por vuestra culpa.

Javi se echa hacia atrás en la silla, relajado, y me mira con una intensidad que me hace derretir el sorbete de limón antes de probarlo. Luego se gira hacia mi tía con esa seguridad de ingeniero que sabe que su estructura es indestructible.

—Ha sido la mejor excusa de mi vida, Paqui —responde él, guiñándome un ojo—. Y créame, ha valido cada segundo de retraso.

La tía Paqui se queda con la boca abierta, sin saber si indignarse o pedirnos detalles escabrosos. Yo simplemente cojo mi copa, brindo con Javi y me preparo para disfrutar de la última boda del verano. Porque, por primera vez, el jaleo no está fuera, en las mesas o en las críticas... el jaleo está aquí dentro, y es lo más real que he sentido nunca.

CAPÍTULO 31: EL BRINDIS DE LA VERDAD

El salón de la finca está en ese punto álgido donde el vino ya ha hecho efecto y la gente empieza a golpearse los muslos al ritmo de Paquito el Chocolatero. Pero antes de que la orquesta empiece a destrozar clásicos, llega el momento de los brindis.

Siento el sudor en las palmas de las manos. Javi me aprieta los dedos bajo la mesa, dándome ese valor que me falta. Me levanto, cojo el cuchillo y golpeo suavemente mi copa de champán. Clink, clink, clink. El silencio se expande por la sala como una mancha de aceite. Mi madre deja de abanicarse y la tía Paqui se ajusta las gafas de cerca.

—Familia, amigos... —empiezo, y mi voz suena extrañamente clara a pesar del jaleo que tengo en el pecho—. Sé que todos pensáis que este verano ha sido el regreso triunfal de "Sara la soltera" de la mano de un novio perfecto. Y tenéis razón en una cosa: Javi es perfecto. Pero tengo que confesar algo.

Javi me mira desde la silla con una mezcla de orgullo y expectación. Dani, mi hermano, asiente con la cabeza en un rincón, dándome su bendición silenciosa.

—Todo esto empezó como una mentira —suelto, y se oye un jadeo colectivo que ni en una telenovela de las tres de la tarde—. Javi y yo firmamos un contrato. Sí, un contrato de "falso noviazgo" para que dejarais de preguntarme cuándo iba a sentar la cabeza, por qué no tenía pareja y si se me iba a pasar el arroz. Estaba harta de los filtros, de las expectativas y de sentir que mi vida estaba desenfocada si no tenía a alguien al lado.

Mi madre abre mucho los ojos y se tapa la boca con la mano. La tía Paqui parece que va a tener un síncope.

—Pero este jaleo se nos fue de las manos —continúo, mirando directamente a Javi—. Porque entre boda y boda, entre foto y foto, me di cuenta de que Javi no era un vecino de alquiler ni un extra en mi película de serie B. Él es el hombre que me ha enseñado a mirar la vida sin filtros. El que me ha visto despeinada, asustada y a la

defensiva, y se ha quedado a mi lado para enfocar lo que de verdad importa.

Me tiembla un poco la voz, pero ya no me importa parecer vulnerable.

—Así que, aquí se acaba la mentira. Javi ya no es mi falso novio. Es el hombre del que estoy enamorada hasta las trancas. Y si eso no encaja en vuestro concepto de boda perfecta, lo siento, pero es la única verdad que me importa.

Dejo la copa en la mesa, me inclino hacia Javi y lo beso. Y no es un beso de "postureo" para que mi prima Lucía se muera de envidia. Es un beso real, profundo, de los que saben a futuro y a café por las mañanas en Malasaña.

El salón estalla en un aplauso atronador. Mi madre llora, Dani silba y hasta la tía Paqui termina brindando con su copa vacía. Se acabó el contrato. Se acabó el miedo. El jaleo de las bodas ha terminado, pero nuestra historia real acaba de empezar el primer capítulo.

CAPÍTULO 32: ADIÓS A LAS ETIQUETAS

Madrid en septiembre tiene una luz especial. Es una luz que no deslumbra como la de agosto, sino que parece limpiar el polvo de los cristales y de las ideas. Estoy en mi piso de Malasaña, con el sonido de fondo de un camión de la basura en la calle del Pez y el zumbido de mi ordenador terminando de exportar el último álbum de fotos de la temporada.

Me levanto a por un vaso de agua y, sin querer, me detengo frente al espejo del pasillo. El mismo espejo que hace tres meses me devolvía la imagen de una mujer blindada, con el cinismo como maquillaje y una cámara de fotos usada como escudo de caballero medieval.

Pero la mujer que me mira hoy es distinta.

Me observo sin prisas, sin ese escáner crítico que suelo pasarme cada mañana. Veo mis curvas, mi talla 44, la redondez de mis caderas y de mis hombros. Por primera vez en mucho tiempo, no busco fallos. No busco el ángulo que me haga parecer "menos yo" para encajar en una cuadrícula de Instagram.

Reflexiono sobre Javi y me doy cuenta de que no ha derribado mis muros usando la fuerza bruta. No ha venido con una bola de demolición a decirme que mis inseguridades eran una tontería. Simplemente se sentó junto a mis murallas con una paciencia infinita, queriendo cada centímetro de mi piel, aceptando mi caos y esperando a que yo misma le abriera la puerta.

Me doy cuenta de que estar enamorada no me ha hecho menos "cañera", ni ha diluido mi independencia. Sigo siendo la tía que no se calla una verdad y la que defiende su espacio a capa y espada; la diferencia es que ahora mi espacio se siente más grande porque él está en él.

Me despido de la etiqueta de "la soltera cínica" con una sonrisa. Me sirvió para protegerme del frío durante mucho tiempo, pero ya no me hace falta. He decidido abrazar algo nuevo, algo que no tiene nombre pero que se siente jodidamente bien.

Resulta que el amor no era una trampa para perderme, como yo pensaba, sino un mapa para encontrarme.

CAPÍTULO 33: EL PLAN DE JAVI

El Retiro un martes por la mañana tiene una paz que Madrid se guarda para los que saben buscarla. El sol de finales de septiembre se filtra entre las hojas de los castaños, pintando motas de luz dorada sobre el camino de tierra. Javi me ha citado cerca del Palacio de Cristal, y yo camino hacia allí con los nervios rebotando en mis costillas como pelotas de pinball.

Llevo las manos hundidas en los bolsillos de mi chaqueta de cuero y las gafas de sol puestas, aunque no es solo por la luz. Es por el miedo. Mi cabeza, que es una experta en boicotear momentos felices, no para de lanzar mensajes de error: «¿Y si se ha arrepentido?», «¿Y si ahora que no hay postureo de por medio se ha dado cuenta de que voy muy rápido?», «¿Y si solo ha venido a despedirse formalmente?».

Lo veo de lejos. Está apoyado en la barandilla blanca que rodea el estanque, mirando el reflejo del palacio en el agua. El sol le da de pleno y, por un segundo, me quedo paralizada: parece un héroe de novela de los que yo solía criticar por ser "demasiado perfectos". Pero en cuanto me ve, su rostro se relaja y esa media sonrisa que me vuelve loca hace que mis miedos se disuelvan un poco.

—Hola, jefa —dice, dándome un beso suave en la mejilla que me sabe a poco—. Gracias por venir.

—No me perdería una cita en el Retiro ni aunque me pagaran por hacerle fotos a un político —bromeo, intentando ocultar que me tiembla la voz.

Javi me agarra de la mano y me guía lejos del camino principal, hasta un rincón apartado bajo la sombra de un cedro centenario, donde el único testigo es un pavo real que se pasea con aires de grandeza. Se detiene y se gira hacia mí, sujetándome ambas manos. Su mirada es tan seria y tan dulce a la vez que noto cómo se me corta la respiración.

—Sara, he estado pensando mucho en estos meses. En el contrato, en las mentiras y en el jaleo que montamos para que tu familia te dejara en paz —empieza a decir, y su pulgar acaricia mis

nudillos—. Pero ya no quiero más plazos, ni fechas de entrega, ni cláusulas de rescisión. No quiero ser tu "falso novio" ni el vecino del 4ºB que te ayuda con las maletas.

Trago saliva, esperando el golpe. Pero el golpe no llega.

—Quiero que nuestra relación sea de verdad, Sara. Sin contratos, sin miedos y sin escondernos de nadie. Quiero que seas mi compañera de vida, con todas las de la ley. Quiero despertarme contigo los lunes y que nos enfademos por quién pone el lavavajillas. Quiero todo el paquete completo.

Me quedo muda, con el corazón en la garganta. Javi se agacha un momento para coger una bolsa que había dejado en el suelo y saca una caja. Mis ojos se abren como platos y siento un sudor frío. *«No, por favor, un anillo no, que me da un síncope aquí mismo»*, pienso con pánico.

Él se ríe, adivinando perfectamente mi expresión de terror.

—Tranquila, no es lo que estás pensando. No voy a pedirte que te cases conmigo... todavía —dice con un guiño juguetón. Me entrega la caja y me mira con una intensidad que me hace temblar—. Ábrela. Esto es para que dejes de mirar la vida de los demás a través de tu visor y empieces a capturar la nuestra.

CAPÍTULO 34: UNA CÁMARA NUEVA Y UNA VIDA NUEVA

Mis dedos tiemblan tanto que casi no puedo abrir la caja. Al principio, mi cerebro, condicionado por años de comedias románticas, espera el brillo de un diamante, pero lo que veo al levantar la tapa me deja sin aliento de una forma mucho más profunda.

Es ella. Una cámara de formato medio. El cuerpo es robusto, elegante, con ese diseño clásico que grita "fotografía de verdad". Es la cámara con la que llevo soñando desde que terminé la carrera, la que siempre miraba en los escaparates de la calle Casanova y descartaba de inmediato porque el alquiler, la faja y las facturas de autónoma siempre iban primero.

—Javi... —apenas me sale la voz—. Esto es... es una locura. No puedes haberme comprado esto. Es una fortuna.

—No es una locura, Sara, es una inversión —me dice, acercándose tanto que puedo sentir el calor de su cuerpo—. He visto cómo miras las exposiciones en el Reina Sofía. He visto las fotos que haces cuando crees que nadie te mira, las que no son para el Instagram de una novia histérica. Tienes un talento que te mueres, y quiero que dejes de hacer bodas por compromiso para empezar a hacer lo que te apasiona.

Lo miro y siento que se me saltan las lágrimas. No es solo el regalo; es el hecho de que ha estado ahorrando, escuchando mis deseos reprimidos y planeando cómo apoyarme. Javi no quiere a una novia que se quede en casa esperando a que él vuelva de la oficina; quiere a la artista, a la mujer que se mancha las manos y que persigue la luz perfecta. No quiere cambiarme, quiere impulsarme.

—Quiero que este sea el principio de tu serie artística —continúa, rodeándome con sus brazos—. Déjalas, Sara. Deja las bodas. Dedícate a lo tuyo. Yo estoy aquí para sujetar los focos o lo que haga falta.

Me emociono de una manera que ninguna "muestra de cariño" del contrato podría haber predicho. Me pongo de puntillas y lo beso con una mezcla de gratitud y amor que me desborda. Nos besamos allí mismo, bajo el cedro, ignorando a los turistas que pasan con sus mapas y a los patos que chapotean en el estanque. El mundo podría detenerse ahora mismo y me daría igual, porque por fin tengo a alguien que no teme mi éxito.

Acaricio el visor de la cámara nueva, sintiendo el frío del metal contra mi piel, y luego lo miro a él, que me observa con un orgullo que me hace sentir invencible.

—Con este visor, Javi, lo único que quiero enfocar para siempre es a ti.

CAPÍTULO 35: MUDANZA ENTRE BESOS

Vivir puerta con puerta en un cuarto piso sin ascensor de Malasaña tiene sus dramas logísticos, pero para una mudanza es, sencillamente, la gloria. No nos hace falta un camión, nos basta con tener equilibrio y no morir en el intento de cruzar el rellano con una montaña de cajas de cartón.

El edificio se ha convertido en nuestro patio de juegos. Javi sale de su puerta con una estantería de diseño y yo salgo de la mía cargando con tres trípodes y mi colección de cactus. Nos cruzamos en el pasillo, nos robamos un beso rápido y seguimos con el trasiego.

—Sara, por el amor de Dios, ¿cuántas cámaras analógicas puede tener una sola persona? —exclama Javi, abriendo una caja que pesa como si contuviera lingotes de oro.

—Son reliquias, ingeniero, un respeto —le respondo, apareciendo tras él—. Cada una de esas cámaras tiene más alma que todos tus programas de cálculo de estructuras.

Al final, después de tres días de caos, polvo y muchas pizzas pedidas a domicilio, tomamos la decisión definitiva. No vamos a elegir entre su piso o el mío. Hemos hablado con el casero (que, milagrosamente, es el mismo para ambos) y hemos decidido que vamos a tirar el tabique que separa ambos salones. De momento es una metáfora emocional, pero el arquitecto ya tiene los planos. Vamos a convertir nuestras dos madrigueras en un casoplón donde quepan mis luces de estudio y su impecable orden.

La convivencia es un descubrimiento constante. Yo descubro que Javi no solo es bueno con los números, sino que cocina un risotto de setas y trufa que debería ser pecado capital. Él descubre que mi aparente desorden tiene una lógica interna (muy interna) y que necesito mi café en silencio antes de que me dirija la palabra.

Pero lo mejor de la mudanza no es desembalar libros. Es que ya no hay que despedirse en el rellano. Ya no hay que inventar excusas para quedarse a dormir. La tensión sexual que llevábamos meses acumulando, esa que nació entre contratos falsos y miradas

robadas, se resuelve ahora en cada rincón de nuestra nueva casa: sobre la encimera de la cocina, entre las sábanas aún sin poner y en el sofá nuevo que todavía huele a tienda.

Una noche, mientras descansamos en el suelo rodeados de cajas a medio abrir y compartimos una copa de vino, me apoyo en su hombro y miro el pasillo que ahora une nuestras vidas.

—¿Sabes qué es lo más fuerte de todo esto? —le pregunto, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿Que todavía no me has echado de casa?

—No —me río, dándole un beso corto—. Que quién me iba a decir a mí que el hombre de mi vida estaba a un solo rellano de distancia.

CAPÍTULO 36: REUNIÓN DE LAS PECADORAS

«La Pecadora» está hasta los topes, pero nosotras tenemos nuestra mesa del fondo, la que tiene la marca de un quemazo de cigarrillo de los años noventa y un aura de confidencias que ríete tú del Vaticano. Martina llega la primera, con Adrián de la mano y una cara de satisfacción que me dan ganas de hacerle una foto y titularla «El fin de la guerra». Bea aparece poco después con Hugo; se les ve relajados, con esa paz de las parejas que ya han pasado lo peor y ahora solo disfrutan del paisaje.

—Bueno, bueno, bueno... —Martina deja el bolso en el suelo y me clava una mirada de rayos X—. Pero miren a la fotógrafa estrella. ¿Esa luz que tienes en la cara es un nuevo iluminador de Sephora o es que el ingeniero te tiene bien atendida?

—Es el efecto de no tener que mentirle a mi madre cada vez que suena el teléfono, Martina —le digo, aunque no puedo evitar que se me escape una sonrisa de oreja a oreja.

—No cuela, Sara —interviene Bea, dándole un sorbo a su caña—. Tienes esa cara de «me he pasado el juego». Cuéntanos, ¿cómo es eso de que ahora compartís hasta el suavizante? Porque pasar de vivir puerta con puerta a tirar el tabique es un salto al vacío sin red.

Pasamos la siguiente hora entre risas, raciones de calamares y un interrogatorio en toda regla. Adrián y Hugo se llevan de maravilla con Javi —que ha prometido pasarse luego—, y es la primera vez en años que las tres estamos en la misma sintonía. Ya no hay una que llora por un ex, otra que huye del compromiso y otra que se inventa contratos. Somos nosotras, pero en versión 2.0.

—Lo que más me flipa —dice Martina, poniéndose seria por un segundo—, no es que Javi sea un pibón, que lo es. Es cómo te mira cuando no te das cuenta, Sara. Estábamos el otro día en el portal y te vio llegar con la cámara al hombro, toda sudada y con cara de pocos amigos, y el tío te miraba como si fueras una diosa griega bajando del Olimpo. Ahí supe que el contrato era papel mojado desde el minuto uno.

—Es un buen fichaje —sentencia Bea, levantando su vaso—. Por fin una de nosotras ha encontrado a alguien que no quiere cambiarle las curvas ni el carácter.

Brindamos con las cañas en alto, haciendo que el cristal choque con un sonido rotundo.

—Por las curvas, por Madrid y por los jaleos que nos quedan por vivir —decimos al unísono.

Porque aunque ahora estemos «emparejadas», las Pecadoras seguimos siendo las mismas: un poco desastrosas, muy intensas y siempre dispuestas a montar un jaleo si la ocasión lo merece.

CAPÍTULO 37: CONFETI Y CAÑAS

El local en el corazón de Malasaña es de esos con techos altos, vigas de hierro visto y paredes de ladrillo que han visto pasar más modas que el escaparate de una tienda de la calle Fuencarral. Hoy, sin embargo, el espacio no huele a polvo, sino a pintura fresca, a flores recién cortadas y a ese aroma eléctrico que flota en el aire cuando algo importante está a punto de suceder.

He alquilado este espacio para presentar «Sin Filtros», la serie de fotografías que realicé con la cámara de formato medio. En las paredes no hay novios perfectos ni tartas de cinco pisos; hay retratos de gente real del barrio, de mis amigas riendo a carcajadas, de ancianos con manos que parecen mapas y de cuerpos que, como el mío, cuentan historias sin necesidad de Photoshop.

El ambiente es puro jaleo madrileño. La música indie suena de fondo, mezclándose con el tintineo de los botellines de cerveza y el murmullo de una multitud que abarrota el local. Están todos: los vecinos que me saludan cada mañana, los compañeros de facultad que no veía hace años y, por supuesto, la familia en pleno. Mi madre está en una esquina, explicándole a una desconocida con todo lujo de detalles que su hija es «una artista de los pies a la cabeza», mientras señala una foto mía que, curiosamente, es la que menos le gustaba hace un mes.

Yo me muevo entre los invitados sintiéndome, por primera vez, la protagonista de mi propia vida. Llevo un vestido negro, ajustado como una segunda piel, con un escote que no pide permiso y una caída que abraza mis curvas sin complejos. Mi look grita: «Aquí estoy yo, esta es mi talla y me gusto así».

Javi está a unos metros, hablando con un crítico de arte, pero su atención está dividida. Lo noto. Sus ojos miel me buscan constantemente por encima de las cabezas de la gente. Cada vez que nos cruzamos, se acerca, me rodea la cintura con el brazo y me pega a su cuerpo con una posesividad dulce que me hace vibrar.

—Estás increíble, Sara. No puedo dejar de mirarte —me susurra al oído antes de robarme un beso rápido—. Y la exposición... es brutal.

Sabía que podías hacerlo.

—No podría haberlo hecho sin el empujón de cierto ingeniero —le respondo, apoyando la cabeza en su hombro un segundo antes de que otra persona venga a felicitarme.

A mitad de la noche, cuando el confeti dorado ya cubre el suelo y las risas son más fuertes que la música, veo una figura recortada en la puerta. Es Dani. Se ha quedado ahí parado, observando el éxito de su hermana pequeña. Javi lo ve al mismo tiempo que yo y se tensa un poco, pero no huye.

Dani se acerca con paso firme, nos mira a los dos y, sin decir una palabra, agarra a Javi por el cuello de la camisa para darle un abrazo de oso, de esos que crujen los huesos y sellan pactos de sangre. Luego se gira hacia mí con los ojos un poco brillantes.

—Perdona por ser un idiota en el bar, enana —me dice, dándome un beso sonoro en la frente—. Tenías razón, el jaleo valía la pena. Y las fotos... joder, Sara, me has dejado sin palabras.

El círculo se cierra. Las piezas del puzzle que yo misma desordené por miedo han encajado en su sitio. No solo tengo la carrera que soñaba y al hombre que quiero; tengo a mi familia de vuelta, celebrando la verdad en lugar de la apariencia. El "postureo del bueno" es esto: estar rodeada de la gente que te quiere cuando por fin te atreves a ser tú misma.

CAPÍTULO 38: EL ÚLTIMO FLASH

La fiesta empieza a languidecer, pero es ese tipo de cansancio dulce que queda después de las mejores noches. El aire en el local de Malasaña está cargado de risas residuales, restos de confeti dorado y el olor del café que alguien ha empezado a servir.

Cojo mi cámara nueva, la que Javi me regaló en el Retiro. Pesa de una forma distinta a las demás; no es el peso de la obligación de capturar la felicidad ajena, es el peso de mi propio futuro. Me llevo el visor al ojo y empiezo a buscar los momentos que de verdad importan, esos que no se planean en un contrato.

Enfoque: Martina. Está apoyada en la barra, riendo a carcajadas con Adrián. Él le está contando algo al oído y ella tiene esa expresión de absoluta libertad que tanto me gusta. Click.

Muevo el objetivo: Bea. Está en un rincón más tranquilo, dándole un beso a Hugo. No es un beso de película, es un beso tierno, de los que saben a "estoy aquí y no me voy". Click.

Bajo la cámara un momento y respiro hondo. Me doy cuenta de que este verano me ha cambiado el sensor interno. He pasado de ser la fotógrafa cínica que buscaba la imperfección para burlarse de ella, a ser alguien que busca la belleza en la verdad, por muy cruda o ruidosa que sea.

Javi se acerca a mí, con la camisa ya un poco desabotonada y el pelo hecho un desastre después de tantas horas de abrazos y brindis. Me rodea la cintura con naturalidad, como si ese fuera el lugar donde sus manos han nacido para estar.

—¿Falta alguien en esa serie de fotos, no crees? —me susurra, rozándome la oreja.

—Faltamos nosotros —admito con una sonrisa.

Busco una mesa alta, coloco la cámara con cuidado y activo el temporizador. Los diez segundos de la cuenta atrás parecen una metáfora de mi vida: una espera nerviosa antes de la gran imagen. Corro hacia él y Javi me atrapa, levantándome un poco del suelo mientras yo me aferro a su cuello. Me mira como si fuera lo único

que existe en este Madrid caótico, lleno de tráfico, de bodas insufribles y de gente con prisas.

Me quedo pensando en que Madrid es como yo: un jaleo monumental, un laberinto de calles que a veces te pierden, pero que siempre te regalan un final feliz si tienes las curvas necesarias para aguantar las embestidas y las ganas suficientes para saltarte el guion.

Ya no busco la foto perfecta de revista. He aprendido que el amor no necesita filtros, ni balances de blancos corregidos, ni fajas que nos impidan respirar. El amor de verdad es el que te deja ocupar todo tu espacio, el que te quiere con tus luces y con tus sombras más profundas.

La luz roja de la cámara parpadea por última vez. Javi me besa justo cuando el obturador se dispara.

Click.

Foto perfecta. Y esta vez, no hace falta retocar nada.